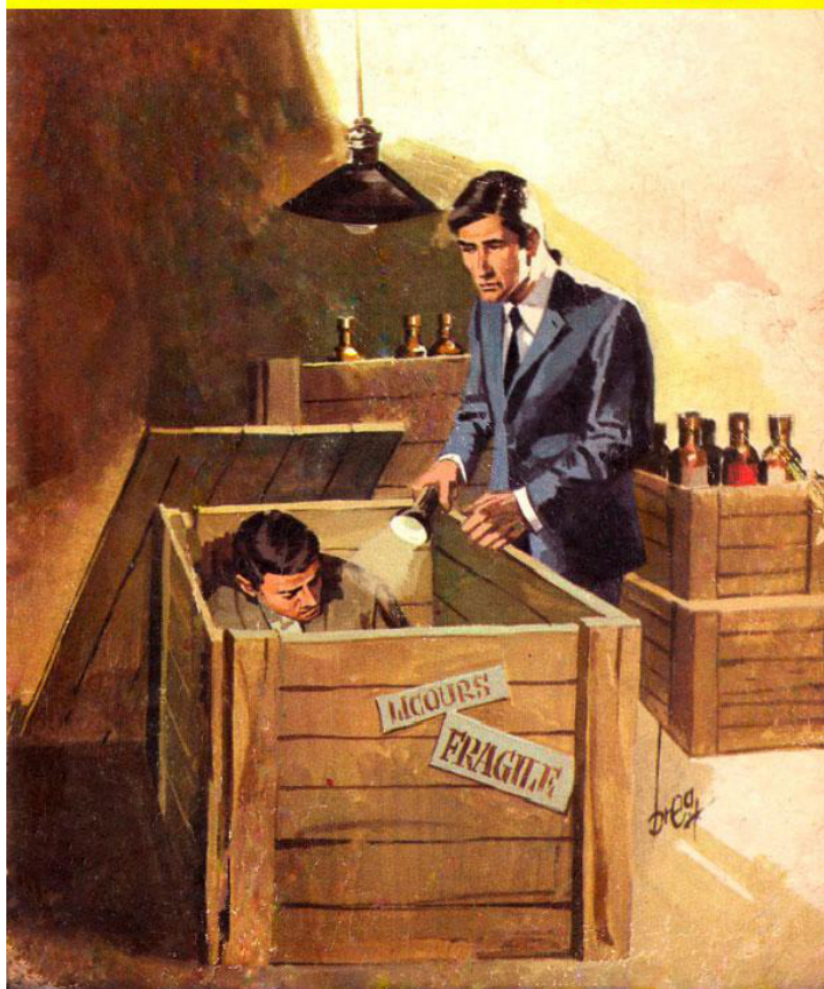


BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE
**PUNTO
ROJO**

el muerto viajero

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

EL MUERTO VIAJERO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 402

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA • BOGOTÁ • BUENOS AIRES

CARACAS • MÉXICO • RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 41.681 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1970

© RALPH BARBY, 1970
sobre la parte literaria

© MANUEL BREA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

630. — Un Texas-Ranger llega a Oklahoma.

En Colección KANSAS:

592. — ¡No más linchamientos!

En Colección CALIFORNIA:

692. — El hombre de la muerte.

En Colección BRAVO OESTE:

433. — Manantial de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.007. — El hampa se moderniza.

En Colección SALVAJE TEXAS:

714. — El orgullo de los Houston.

En Colección PUNTO ROJO:

397. — El loco del magnetófono.

En Colección ASES DEL OESTE:

541. — "Tagged".

En Colección BISONTE:

1.106. — El futuro no es de los cobardes.

En Colección BUFALO:

779. — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

La extraña llamada le tenía preocupado.

Roger B. Stacy conducía el «D.S. Tiburón» granate y negro por el asfalto de los Campos Elíseos. Al fondo, el gran Arco del Triunfo con la llama eterna al soldado desconocido.

Pese a ser de madrugada, la circulación por el abigarrado París distaba mucho de ser fluida. Los potentes faros del «Citroen» horadaban una noche que no era oscura, ni por la luna ni por la cantidad de luz que tenía la capital francesa.

Ensimismado, mientras conducía casi instintivamente, trataba de hallar una explicación para aquel asunto que se le había presentado inopinadamente, cuando apenas había comenzado a disfrutar el permiso de un mes que se le había concedido por su heroico comportamiento.

Ni tiempo material había tenido para cambiarse de ropa e iba vestido con el uniforme de sargento de los «Boinas Verdes».

Su compañía había sido trasladada del frente del sudeste asiático al bloque defensivo de la OTAN. Al finalizar su permiso, debería presentarse en el cuartel general de la OTAN en Bruselas y allí se reuniría con el resto de su compañía, para pasar el año que le restaba de milicia haciendo maniobras conjuntas con los aliados del Pacto Atlántico y demás países del resto de Europa.

Especialmente se había elegido a su compañía por figurar en ella buenos expertos en guerra de guerrillas, uso de explosivos y empleo de mil artimañas útiles frente al enemigo duro y difícil, pues iban a convertirse en instructores.

«Una vida de vagos para nosotros y un año de perros para los pobres reclutas que caigan en nuestras manos», pensó Roger.

Cumplía los deberes de la milicia estrictamente, más carecía de espíritu castrense. Quizá por ese motivo había encajado mejor entre los «Boinas Verdes», donde el hombre, como soldado, gozaba de una

autonomía superior a otros cuerpos del ejército.

Lo que Roger B. Stacy llevaba en la sangre era la investigación privada y desde antes de ser llamado a la milicia pertenecía a la WIP, World Investigation Private.

En la WIP, Roger B. Stacy era uno de los detectives más mimados por sus resonantes éxitos obtenidos en beneficio de la poderosa compañía cuyas investigaciones cubrían cualquier parte del globo terráqueo. Por su importancia, la WIP había colaborado en diversas ocasiones con la CIA, el FBI, Scotland Yard, la Surete y otras organizaciones policiales, tanto americanas como de otros países.

La WIP tenía buen cuidado de que sus hombres no tuvieran ningún roce con las policías oficiales, ya que de este modo no surgían obstáculos en las investigaciones y ambos salían beneficiados con la mutua colaboración.

Aquel trabajo le había salido extra, no contaba para la WIP, ya que su permiso de un mes podía disfrutarlo donde le viniera en gana, es más, en la central de la WIP no se le esperaba hasta que expirase su tiempo de permanencia en el ejército.

«¿Valdrá la pena meterme en un lío más cuando mi piel todavía huele a pólvora quemada?» —se dijo.

Condujo el «Tiburón» hacia el cementerio de Motrouge, mientras añadía:

—Primero, veré de qué se trata. Luego, decidiré si sigo adelante o me voy al Follies. Diablos, ya que está uno en París que me sirva de algo, porque eso de al primer día, tener que ir a un cementerio a las dos de la madrugada...

No estaba seguro aún de si el que le había llamado estaba loco de remate o sólo pretendía gastarle una broma.

Había pensado en varios de sus compañeros de los «Boinas Verdes», pero la voz que le había llamado parecía pertenecer a un hombre con más años, distinta, aunque su acento fuera norteamericano y no francés.

—¿Qué querrá ese tipo? —se preguntó por enésima vez, ya que cuando formulara aquella pregunta al tipo del teléfono, éste le había colgado dejándole en la más completa ignorancia.

Sí quería conocer algo más de aquel caso que se presentaba como absurdo, tendría que personarse en el cementerio de Montrouge a las dos de la madrugada.

—Como se trate de una broma, alguien va a necesitar una prótesis dental —gruñó cuando el poderoso «Citroen» arribaba junto al muro que circundaba el pequeño cementerio.

Allí, la ciudad se había transformado totalmente. En nada se parecía a los Campos Elíseos o la rue de Rívoli.

Había un poste de madera con un portalámparas barato, mas la bombilla había sido rota de una pedrada por alguien que prefería tener aquel muro con oscuridad.

¿Cómo sería el amor junto a la tapia de un cementerio? Ciego, probablemente, y muy ardiente para olvidarse de los habitantes que había al otro lado de la sucia pared.

La gran verja de hierro solo estaba entornada. A unos cincuenta metros, un bar de ínfima categoría dejaba escapar canciones nostálgicas que brotaban de gargantas cascadas. Hombres que entonaban canciones de una guerra que hacía un cuarto de siglo terminara.

La cancela chirrió al ser empujada.

Roger pasó al interior del recinto. No vio a nadie, ni siquiera al vigilante nocturno. Pensó que podía estar entre los bebedores de ajeno, cantando y recordando posiblemente la cantidad de trabajo que tendría en su profesión veinticinco años atrás.

Dejó la puerta como estaba y se adentró en el camposanto.

Avanzó por el paseo principal, delimitado por setos de boj mal recortados y espaciados unos diez metros. Entre ellos se alzaban cimbreantes cipreses que apuntaban al cielo, un cielo que pese a ser las dos de la madrugada y estar ligeramente nublado, amenazando una fina lluvia setembrina, era muy claro. La luna, tras las nubes, debería ser grande, redonda, poderosa.

Roger no era ningún aprensivo con respecto a los muertos. Había pisado ya muchos cementerios en su vida, lo mismo en su patria que en el sudeste asiático. Los muertos jamás le habían inquietado, pero los vivos siempre le daban que pensar.

¿Habría un loco maníaco aguardándole agazapado tras cualquier lápida o cruz, observándole tras las rejas de un frío y húmedo panteón?

No llevaba armas. Si se le presentaban dificultades tendría que emplear sus puños y su astucia.

Las suelas hicieron crujir la grava que cubría el camino,

impidiendo que quienes acompañaban a sus deudos a su última morada se enlodaran los pies en los días de lluvia.

Un ángel marmóreo, de tamaño natural, destacó entre dos cipreses. La lluvia que había estado amenazando durante toda la noche comentó a caer en terna de gotas casi imperceptibles. Roger B. Stacy siguió adelante.

—¿Dónde diablos estará el tipo que me ha telefoneado?

Apenas se había formulado aquella pregunta cuando junto a unos altos setos de tuyas oyó la primera voz humana dentro del pequeño cementerio de Montrouge.

—Siga adelante, Stacy.

No le cupo duda de que aquella voz era la misma que le hablara por teléfono aunque allí, en la noche, le sonó más cavernosa, menos amigable.

En aquel lugar patético, un hombre podía hallar mil huecos para ocultarse y aguardar así a su víctima.

—Eh, amigo, ¿dónde se esconde? —interpeló esperando que la voz sonara nuevamente, orientándole respecto a su escondite.

La lluvia humedecía poco a poco el uniforme del paracaidista yanqui.

Se detuvo frente a una hilera de tumbas que se alzaban un pie sobre la tierra, marginadas con piedra picada de granito y cubiertas con losas marmóreas sobre las cuales resbalaba el agua, marcando surcos en el polvo acumulado en ellas, dándoles un aspecto de suciedad.

—Buenas noches, Stacy.

Aquella voz sonó tras él. Roger se revolvió hallándose frente a un tipo que en nada se parecía ni espectro de la muerte y sí a un puerco bien cebado, de rostro mofletudo y rojizo.

—Vaya, al fin le ha dado por aparecer —comentó irónico y tranquilo, al comprobar que aquel sujeto no se le había presentado con una automática entre las manos o un cuchillo de diez pulgadas. No, aquel desconocido tenía sus manos hundidas en los bolsillos del gabán y Roger supuso que serían tan gordinflonas como el resto del cuerpo.

—Le estaba esperando en la puerta de aquel panteón.

Señaló con la cabeza para no sacar las manos de los bolsillos.

—¿Por qué?

—Es simple, la lluvia me molesta —respondió lento, casi cínico.

Roger se dejó observar por los ojos completamente redondos protegidos por abundantes y espesas cejas castañas. Aquel sujeto tendría alrededor de medio siglo de vida.

—Bien, ahora somos dos los que nos mojamos. ¿No hubiera sido mejor citarnos en una cafetería y charlar mientras tomábamos un café y no en este lugar tan poco simpático?

—Me preocupan más los sujetos como usted.

Aquel tipo se rió mostrando unos dientes pequeños, pero afilados, propios de un roedor más que de un ser humano.

—Es usted listo, Stacy.

—Y a usted le gusta jugar con ventaja.

—¿A mí?

—Claro, usted sabe mi nombre y yo desconozco el suyo.

—Ah, ya. Mi nombre es Sterling H. Jaferty, pero llámeme Sterling simplemente; es más cómodo.

—Bien, Sterling, suélteme de una vez lo que quiera decirme porque no voy a esperar a calarme hasta los huesos. Mi boina no es tan resistente como el sombrero que usted lleva.

—Bien, Stacy. Le he hecho venir aquí porque tengo un problema que usted puede resolverme.

—¿Qué clase de problema?

—Acérquese y fíjese en esta tumba.

Roger se aproximó a la lápida marmórea que cubría la fosa. Al igual que sus compañeras, no era una fosa para rellenar de tierra, sino para dejar el ataúd dentro. Estaba rodeada de una pared de granito que impedía que la tierra y el agua se filtraran hasta tocar la madera del féretro.

—Parece reciente, no está tan sucia como las demás. Años mil novecientos quince a mil novecientos sesenta y nueve.

—Usted lo ha dicho, Stacy, es muy reciente, sólo cuenta con dos días de antigüedad. Le aseguro que no haría las delicias de ningún arqueólogo.

—Maurice Faben Senoi. ¿Qué significa ese nombre para usted?

—Mucho. —Hizo una ligera pausa y tocó la lápida marmórea con la misma suavidad que si acariciara una lámina de oro—. Ahí dentro hay diez millones de francos nuevos para mí.

—No me diga —replicó con sarcasmo—. ¿En billetes o en

calderilla?

—¿Se burla?

—Es que me divierte mucho tener que escuchar ciertos chistes a las dos de la madrugada, en un cementerio, sin luz y mojándome bajo una lluvia otoñal. Creo que París tiene otra clase de distracciones más atractivas para mí.

—¿Distracciones femeninas?

—¿Y por qué no? Yo, por lo menos, me siento muy joven.

—Yo me defraude, Stacy. Hay otras cosas más importantes que el cuerpo cálido y suave de una mujer por muy hermosa que ésta sea.

—¿Y qué cosas son esas?

—Ambición. La sensación del riesgo y el poder sobre los demás.

—Estoy en Francia, pero aún no me siento un «Napoleoncete».

—Se burla de todo, ¿eh? Es joven y por su acento, de Texas.

—No perdamos más tiempo, Sterling. Aparte del chiste de los diez millones, que ya lo conozco y no me hacen gracia los repetidos, ¿tiene algo más que contarme?

—Le aseguro, Stacy, que sí hay diez millones de francos nuevos para mí dentro de esa fosa, lo malo es que...

Como que Sterling H. Jaferty se detuviera en la explicación, Roger lo miró con el ceño fruncido y preguntó:

—¿Qué es lo malo, Sterling?

—Que alguien quiere quitarme esos diez millones.

—Vaya, así hay más locos en esta partida bajo la lluvia.

—Le aseguro que si se enteraran habría más de un centenar de sinvergüenzas tratando de meter sus manos, pero esos diez millones sólo me corresponden a mí.

Roger señaló con su índice la lápida de mármol blanco y preguntó escéptico:

—¿De veras están ahí dentro los diez millones de que habla?

—Sí. Usted me ha preguntado si en billetes o en calderilla y yo le responderé que en forma de cadáver.

Roger le miró pensativo. Después, observó:

—Los nombres de ambos no coinciden. Yo, por lo menos, no les veo parentesco alguno para pensar en una posible herencia.

—Éramos socios y no le hablo de una herencia, sino de la prima de un seguro que ambos pagábamos con unas respetables cuotas

anuales.

—De modo que si el tal Faben se enfriaba, cobraba usted diez millones y si era usted el que pasaba a mejor vida antes, ésa prima sería para Faben.

—Exacto, era una protección mutua.

—Yo más bien diría, que un reto mutuo.

—No lo crea. Ganábamos mucho juntos, además nos comprendíamos bien. Ninguno de los dos pensaba en eliminar al otro para cobrar la prima del seguro. Por otra parte, yo estaba en Estados Unidos cuando recibí la noticia de su muerte.

—Y naturalmente se preocupó de venir corriendo para comprobar la realidad de lo sucedido y arreglar los certificados pertinentes, para que la compañía aseguradora le pague los diez millones de francos nuevos.

—Exacto, sólo que ha surgido un contratiempo.

—¿Cuál?

Pese a la finísima lluvia que más parecía un fuerte rocío, Sterling H. Jaferty sacó de su bolsillo un papel sobre el que habían pegadas palabras de periódico, cuidadosamente recortadas. Roger lo leyó en voz alta:

«Si de los diez, cinco son para mí, usted tendrá su cadáver, señor Jaferty. Seguirá recibiendo instrucciones; no se impaciente o podría perderlo todo».

—¿Comprende ahora por qué he recurrido a un detective particular con licencia internacional?

—Creo, Sterling, que será bueno echar un vistazo ahí dentro.

—Veo que el caso comienza a interesarle —sonrió Jaferty.

Roger miró alrededor, preguntando:

—¿No hay posibilidad de que venga el vigilante por aquí y nos tache de ladrones de cadáveres?

—No, no creo. Le he dado una buena propina para que se vaya al bar de la esquina.

—Entonces, apartemos la losa y veamos lo que hay dentro.

La lápida resultó bastante pesada, pero entre ambos la retiraron.

El ataúd quedó a su vista, unos pies más abajo. La fosa era lo suficientemente ancha para que cupieran las piernas de un hombre entre el ataúd y la pared de granito.

—Supongo que el ataúd estará cerrado con llave —opinó Roger.

—Y yo supongo que usted será lo suficientemente hábil para abrirlo sin necesitar llave alguna.

—No he traído ninguna, ganzúa.

—No me decepcione, Stacy —comentó Jaferty burlón.

Roger saltó al interior de la fosa. Sacándose un llavero del bolsillo le quitó las llaves y con el aro de sujeción de las mismas se fabricó rápidamente una ganzúa que utilizó para franquear la cerradura del ataúd.

—Ya está.

—Magnífico, Stacy, sabía que no me fallaría. Ahora, levante la tapa.

Roger dejó al descubierto el interior del ataúd, apenas visible dada la escasez de luz. Encendió una cerilla, procurando que la llama de la misma quedare bajo la losa que, al quedar retirada en parte, formó un pequeño alero.

—Tenía razón al preocuparse, Sterling. Sólo hay piedras.

—¡Diablos! —masculló Jaferty en lo alto de la fosa.

—Aguarde, aquí también hay un papel con recortes de periódico pegados.

—Léalo.

—Veamos. —Hizo una breve pausa y prosiguió—: No se impaciente, Jaferty. El cadáver regresará a este ataúd si sigue mis instrucciones. Aún le quedan trece días de tiempo según estipula la póliza de seguros.

—¡Maldita sea! Me gustaría tener a ese tipo entre mis manos para apretarle la garganta yo mismo.

Desde el interior de la fosa, Roger inquirió:

—¿Es cierto eso de que sólo quedan trece días?

—Sí. Eran quince, pero como dos ya han pasado, sólo quedan trece. Es el plazo que según la póliza tengo para comunicar la muerte de mi socio, y por tanto cobrar la prima de diez millones.

—Supongo que ese plazo será para evitar una excesiva descomposición del cuerpo que le haga irreconocible.

—Sí, exacto.

—¿Y nadie se ha preocupado de notificar la muerte de Maurice Faben a la compañía de seguros?

—No, nadie lo ha hecho porque sólo Faben y yo conocíamos esa

póliza, a excepción de la propia aseguradora, naturalmente.

—¿Usted no se lo ha contado a nadie? —siguió interrogando Roger desde el interior de la fosa.

—No.

—¿Y su socio?

—Él siempre me aseguró que no, pero es posible que alguien se enterara y entre ese alguien el chantajista que quiere extorsionarme raptando cadáver de mi socio.

—Sterling, aún no me ha dicho qué clase de negocio tenían entre ambos.

—Eso no creo que le interese.

—Yo opino que sí. Si he de investigar he de hacerlo a fondo y sacar hasta el último trapo sucio.

—Bueno, lo que algunos llaman negocios turbios, pero que resultan bastante productivos.

—¿Cómo qué?

—LSD para los amantes de la paz.

—¿Estupefacientes para menores?

—Cuidado, Stacy. El LSD no tiene el mismo valor que la heroína o la morfina.

—Pero produce imbéciles en la misma proporción. No me gusta su trabajo, Sterling.

—Escuche bien lo que voy a decirle, Stacy. No me importa lo que piense de mí y lo que investigue. Le daré un millón de francos nuevos si el cadáver de Maurice Faben regresa a ese ataúd antes de que expire el plazo que marca la póliza de seguros.

—¿Un millón? Es un buen negocio, un diez por ciento sólo por unos días de trabajo.

—Sé perfectamente que tiene un mes de permiso. Le sobrará tiempo para gastar a lo grande parte de ese millón y si le gustan las chicas podrá comprar a todas las del Folies juntas, un millón de nuevos francos es una suma sabrosa que jamás llegará a ganar siendo un detective de la WIP.

—Sabe usted mucho de mí, ¿eh?

—Lo suficiente para saber a quién escojo para un trabajo tan delicado. Quiero discreción absoluta y el cadáver debe regresar aquí sin una sola señal de herida en su cuerpo.

—¿Lo investigarán los inspectores de la compañía aseguradora?

—Sí, y no quisiera que por una heridita me quitaran la prima. La póliza estipula que si la muerte se produce por cualquier clase de trauma o envenenamiento, la prima no se hará efectiva.

—Era una forma de protegerse el uno contra el otro.

—Sí, siempre pueden existir los malos pensamientos. No obstante, fue la propia compañía quien impuso esa condición.

—No se fiaba de ustedes. Debíó pensar que por diez millones eran capaces de asesinarse mutuamente nada más salir a la calle, tras firmar la póliza.

—Bien, Stacy, el agua me llega ya a la piel y soy hombre de fáciles resfriados. Tengo muchos más años que usted y carezco de su constitución física. ¿Acepta el trato sí o no?

—Sí, pero quede bien entendido que no me meteré en ningún negocio sucio que pueda incriminarme.

—Comprendo. Está en el ejército y le harían juicio sumarísimo en un consejo de guerra, pero ya ve, sólo se trata de recuperar un cadáver y traerlo aquí.

Stacy cerró la tapa del ataúd llevándose el papel escrito. Luego, saltó a lo alto de la fosa.

—Vamos, ayúdeme a colocar bien la lápida.

—Pesa como un diablo, creo que valdría la pena engrasarla un poco para que se deslice mejor.

—Haga lo que quiera, yo no pienso pasarme la vida sacándola y poniéndola.

—Yo tampoco, sólo que me gustaría que el cadáver ya estuviera ahí dentro para presentarme en la compañía de seguros.

—Bien, Sterling, acepto el trato, pero trabajaré a mi manera, no lo olvide.

—Okey, a su manera.

Sterling H. Jaferty extendió su mano hacia Roger, pero éste prefirió ignorarla. No le gustaban los tipos como Jaferty.

CAPÍTULO II

Roger B. Stacy vestía ahora de paisano. Extrajo de su bolsillo un paquete de cigarrillos y sacó uno que colocó cuidadosamente entre sus labios mientras observaba el edificio de líneas rectas, escasas ventanas y sin ningún género de adorno que se alzaba ante él.

Aquel edificio, con ocho o nueve plantas, no destacaba en Montparnasse. Estaba construido con ladrillos, hormigón y bastante acero, ya que se hallaba dedicado a almacenes secundarios.

Cada planta estaba contratada por un comerciante y en los quinientos metros cuadrados de superficie que tenía, acumulaba todo el género que no podía tener en las tiendas principales a disposición del público.

Abajo había unas grandes puertas metálicas, especiales para la carga y descarga de camiones y que servían para todos los copropietarios del edificio-almacén de Montparnasse.

No había una sola luz en las ventanas, nadie en la acera frente a las puertas. Por el centro de la calzada húmeda y hedionda, dos perros callejeros caminaban rápidos, acercándose y separándose entre sí.

Escuchó las campanadas de Notre Dame. Eran las nueve de la noche.

Aspiró el humo del cigarrillo y anduvo hacia la puerta más pequeña, revestida de plancha de acero. La funcionalidad del edificio lo había desprovisto de adornos, pero había aumentado en seguridad y fortaleza.

Pulsó el timbre rojo tal como le habían indicado y la señal debió dar su resultado, pues inmediatamente se abrió la puertecilla mediante un mecanismo electrónico de larga distancia.

El angosto vestíbulo estaba mal iluminado, pero Rogar pasó al interior del mismo. Un muelle cerró de nuevo la puerta tras de sí y Roger tuvo la sensación de haber sido atrapado en una gran

ratonera.

Se introdujo en el montacargas, pues no había ningún ascensor específicamente para personas. Cerró la verja metálica y pulsó el botón de la planta octava.

El montacargas, además de lento, resultó sumamente ruidoso, un ruido que se hacía más acusado debido al silencio que le rodeaba.

En cada piso había un rellano para la escalera, utilizada en caso de emergencia o deficiencia del montacargas. En aquel rellano, sólo una puerta con un rótulo en francés que Roger tradujo como «Almacén de Flores».

Cuando la puerta se abrió, aparecieron dos tipos altos, casi tanto como Roger B. Stacy. Barbudos, pelilargos y con unos suéteres floreados tan sucios que era difícil distinguir entre el estampado original y el hecho a base de manchas.

Uno de ellos llevaba unas grandes gafas oscuras y redondas. El otro fumaba un cigarrillo hecho con un papel amarillento que Roger jamás había visto antes y que supuso contenía alguna pequeña cantidad de narcótico.

—¿Qué busca?

Roger, que hablaba bien la lengua de Moliere, respondió:

—A Monique.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el de las gafas.

Antes de contestar, Roger le soltó el humo de su cigarrillo en la nariz con insolencia.

—Stacy.

—¡Maldita sea, te voy a partir la boca! —masculló irritado por la humillación.

—Espera, Jean —le contuvo el del cigarrillo, sin quitar ojo al americano que seguía ante ellos con la mayor naturalidad del mundo, como si nada ocurriera y estuviera esperando que el «*maître*» de un restaurante le buscara mesa.

—Sí, ya sé que puede pasar, pero este tipo no me gusta.

—Déjalo entrar —ordenó el del cigarrillo.

La puerta del montacargas que daba al rellano se cerró y Gilbert abrió una puerta que comunicaba con el interior del local comercial y que resultó tener un espesor aproximado de diez pulgadas, con un encaje escalonado en seis hendiduras. Era como las utilizadas en los estudios radiofónicos o las firmas grabadoras de discos, a prueba de

cualquier sonido.

El aislamiento parecía perfecto, porque al abrir la puerta Roger oyó los compases más estridentes que escuchara en mucho tiempo.

Música vibrante en ambiente sicodélico, mezclada con gritos masculinos, chillidos femeninos y toda una extensa gama de ruidos guturales.

Roger no podía decir si en aquel local había mucha luz o carecía totalmente de ella, porque lo mismo estaba a oscuras que semejaba sumergirse en el mismísimo centro de un relámpago que cegaba.

Luego, luces rojas y verdes que disparaban sus cañonazos al interior de las pupilas llenándolas de color. Comprendió que llevar gafas oscuras como Jean no era ninguna estupidez, sino una medida de precaución.

—Cuidado, no las pises o te morderán. —Advirtió Gilbert señalando al suelo donde dos chicas daban vueltas en el cénit de su paroxismo rítmico.

Estuvo a punto de pisar a una de ellas al sentirse cegado por una de las luces. Pensó que en medio de un bombardeo o el estallido de granadas no sufría uno tantos cegamientos y ensordecimientos como en; aquel local.

Todo parecía dar vueltas alrededor o eran las luces las que daban esa sensación, ayudadas por el fuerte sonido. Supuso que los altavoces, de la mayor potencia y calidad, debían estar escondidos estratégicamente.

El ambiente olía a humo, sudor y alcohol. Un ambiente enrarecido y húmedo. Por los rincones había parejas abrazadas y columnillas de humo se alzaban hacia el techo.

Roger pensó que Dante se había quedado corto al describir su infierno.

Se abrió otra puerta, del grosor de la primera, y se encontró en una especie de pequeño recibidor con cuatro puertas, una de las cuales abrió Gilbert tras golpear ligeramente con los nudillos.

—¡Pasa! —ordenó una voz femenina desde el interior.

Gilbert se encargó de franquear la puerta y anunció:

—Es el americano Stacy.

—Hazlo pasar y déjanos solos.

Roger pasó al interior de una especie de vestíbulo cómodamente amueblado, mientras el barbudo y el pelilargo que le habían

acompañado cerraban alejándose.

En el centro de aquella estancia, iluminada con luces indirectas rojas que sólo enfocaban al techo, ya de por sí pintado en rojo, vio a la mujer que le hacían dicho se llamaba Monique.

Le dio la impresión de que era la bruja más bella con que podía toparse jamás.

El cabello azabache, estirado y lacio, le llegaba hasta la cintura. Ojos grandes, muy bien maquillados, de pupilas color ágata. Nariz correcta, algo afilada y lacios gruesos, carnosos y rojos.

Aquella mujer, de ademanes seguros, fumaba un cigarrillo carente de boquilla, sin cursilerías. Sus movimientos no eran estudiados, pese a ser felinos eran innatos en ella. Era como una gata hecha mujer.

—¿Me ha observado bastante?

Roger tardó en responder. Se dejó caer en una butaca mientras la mujer seguía en pie, encarada con él.

En sus ojos de gata había un aire de desafío mientras el humo huía de su boca hacia el techo, envolviendo su rostro y dándole un tono de irrealidad.

—Conque tú eres Monique, la esposa de Maurice Faben.

—La viuda de Maurice Faben —corrigió ella—, pero es algo que le rogaré no comente. Tras esa puerta ignoran que estoy casada y viuda, por supuesto.

—¿Ha escondido su matrimonio?

—Ni lo he ocultado ni lo he publicado. Simplemente no favorece a mi negocio.

—¿Y su negocio es la basura que he tenido que cruzar para llegar hasta aquí?

—¿Basura? Esa basura como usted la llama me ha costado medio millón de francos nuevos.

—Sí, ya he visto que tiene un completísimo sistema electrónico para las luces y el sonido.

—Sí, hay un programador que distribuye los cañones de luz y le aseguro que no es un sistema simple Aunque se pase toda la tarde tratando de controlarla no conseguirá saber de qué lado va a salir la luz, su intensidad, duración y color.

—Ya, no es como los clubs baratos que tienen unas cuantas bombillas que se encienden y apagan y luego ponen un gran rótulo

en la puerta diciendo: «Boite con gran ambiente sicodélico».

—Yo, a eso, le llamo seudosicodelismo.

—Una palabra algo complicada.

—A los chicos les gusta.

—¿Los chicos son esos barbudos pelilargos que hay en la sala?

—Bueno, no todos son varones. Hay un tanto por —ciento equilibrado de chicos y chicas.

—Sí, pero con las luces cegándolo a uno no hay modo de saber si se tiene delante a un hombre o a una mujer.

—¿Le ha sorprendido encontrar este ambiente aquí dentro?

—Confieso que sí. Desde la calle no se intuye nada de este nido de «*hippies*» y demás vagos. No se oye ningún ruido ni se ve luz.

—Todas las paredes están antisonorizadas con un espesor de plástico esponjoso de quince pulgadas y revestidas de una lámina especial. Las ventanas, por supuesto, están tapiadas y pintadas por dentro de modo que desde la calle no parezcan tapiadas.

—¿Y no se les acaba el aire a esos que saltan como simios o se revuelcan por el suelo?

—No, tengo instalado un sistema de ventilación, que recoge el aire nuevo de la azotea y expulsa el viciado. De este modo, no escapa también el sonido. Las chicas gritan mucho a veces y el vecindario se escandalizaría.

—Ya, pero no he notado que hubiera aire refrigerado.

—Es que no lo hay. Si no sudan no están contentos.

—Comprendo. Forma parte del juego.

—Eso es. En mi negocio hay que tenerlo todo en cuenta.

—¿No desaparecen los clientes buscando otro lugar?

—No es fácil que se marchen de mi club.

—¿Porque les da todo lo que piden?

—Digamos que sí.

—¿LSD?

—Sí. —Hace demasiadas preguntas. —Se volvió mostrándole un primer plano de su redonda anatomía posterior.

Se dirigió al bar y sin volver la cabeza preguntó:

—¿Un *bourbon* o prefiere algo especial?

—Un «*Scochts*» sin drogas dentro; no me gustan.

—Es usted muy sarcástico, Stacy.

—Lláname Roger y creo que el tuteo es obligado.

—¿Te parezco una viuda fácil? —inquirió mientras preparaba dos vasos altos color topacio claro.

—Me pareces una viuda rara.

—Sin embargo, llevo luto.

—¿Por gusto o porque te cae bien?

—No sabría qué responderte. —Se acercó a él y le tendió su vaso mientras se sentaba en el brazo del sillón en el que estaba acomodado Roger.

—¿Este negocio es tuyo o era de Maurice Faben?

—Mío, tengo los papeles en regla.

—No me digas que la policía tolera esto.

—No, claro, pero el local es mío. Las facturas están a mi nombre y yo soy quien paga a dos atentos policías para que no se metan con algunos de los chicos que salen de este edificio, algo atontados.

—¿Eso suele pasar cada noche?

—No. A mi club le llaman el almacén, pero hay muchos que ignoran dónde están.

—¿Te refieres a que muchos de los que están aquí dentro dando botes ni siquiera saben dónde se encuentran?

Ella asintió con la cabeza, añadiendo después:

—Tengo unos digamos representantes que van por los barrios de París o las ciudades cercanas. A veces, hasta me traen alemanes o ingleses de algún colegio extranjero que pasan sus vacaciones en París. Los meten en un camión cerrado de los del tipo de mudanzas.

—Y luego, los descargan abajo, ya dentro del edificio y con la puerta cerrada.

—Sí, y cuando la fiesta termina...

—Y no les queda ni calderilla en los bolsillos, vuelven a cargarlos en el camión.

—Y a sus respectivas casitas. El negocio es el negocio, Roger.

El norteamericano quiso soltar un sarcasmo, pero ella le acarició la nuca con su mano larga y fina y le selló la boca con sus carnosos labios.

Le dio la impresión de que aquellos labios quemaban. Mas no se dejó envolver en el embrujo de Monique.

—¿No te ha extrañado que viniera a verte? —le preguntó tras soltar el humo de su cigarrillo, humo que aspirara al terminar la caricia, demostrando a aquella hembra que no era un novato

cualquiera.

—Un amigo me ha telefoneado diciéndome que querías verme y que era aconsejable escucharte.

—¿Y tú qué opinas ahora?

—Que eres muy atractivo, muy varonil. Me gustas, de verdad.

—Eres una viuda un poco rápida. Además, creí que te atraían esos barbudos pelilargos que hay afuera cando saltos.

—Bah, éstos me dan asco, pero es el negocio.

—¿Maurice Faben te suministraba el LSD que se consume en tu almacén?

—Haces preguntas demasiado directas, te ruego no seas indiscreto. Por cierto, ¿ha sido mi amigo quien te ha dicho que vinieras a verme?

—Si tu amigo se llama Sterling H. Jaferty, sí.

—El mismo.

—¿Era socio de tu marido?

—Bueno, él no me explicaba demasiado de sus asuntos. Constituíamos un matrimonio moderno. Vivíamos nuestra vida y no nos molestábamos con problemas mutuos, pero Sterling era y es un buen amigo.

—Supongo que ahora será tu contacto para obtener los suministros que te hacen falta.

—Es posible.

—¿De qué murió?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Tu marido Maurice Faben.

—Ah, es que como muere tanta gente en París...

—Parece que no te ha afectado mucho.

—No soy de las que lloran. Tengo una filosofía muy materialista. Si Maurice ha muerto, que lo entierren y a olvidarlo.

—Eres una mujer dura.

—Digamos que he vivido bastante, pero me ha costado hallar un hombre como tú. Por cierto, pareces astuto, inteligente, irónico y fuerte. Podrías quedarte aquí conmigo.

—Yo no trabajo para una mujer.

—Bueno, podríamos ser algo así como socios.

—¿Me propones que ocupe el lugar de Faben sin conocerme todavía?

—Me gustas, ya te lo he dicho y soy de decisiones rápidas. No suelo equivocarme en mis apreciaciones.

—Lo siento, yo no te convengo. No me gustan cierta clase de negocios.

—Te advierto que éste es muy lucrativo.

—No me interesa y recuerdo que aún no me has respondido de qué murió tu esposo.

—Septicemia. Fue una cosa rápida en dos días de enfermedad se fue al ataúd, estaba bien conservado. Nadie lo hubiera dicho, la vida tiene esas bromas.

—Conque septicemia, ¿eh? ¿Quién certificó su muerte?

—El doctor Seoane, un buen médico. Quiso ayudar a Faben, pero todo fue inútil.

—¿Y qué causó esa septicemia? No es fácil cogerla de un modo tan rápido. La sangre suele infectarse paulatinamente. Supongo que algo anormal le sucedió a Faben.

—Tengo pocos conocimientos de Medicina, pero creo fue debido a un grano maligno que se le reventó en el labio superior infectándola la sangre.

—Y el doctor Seoane, ¿qué dijo al respecto?

—Que Faben padecía una úlcera de estómago. Que debió ingerir unos mariscos en malas condiciones y que a través de su úlcera se envenenó la sangre, pero lo que fuera da lo mismo. El caso es que palmó.

—Y esos supuestos mariscos, ¿dónde los comió?

—Lo ignoro, el pobre no tuvo tiempo de contarle.

—¿Y cómo lo supo el médico?

—Porque antes de morir le sacó jugos gástricos con una sonda y los analizó en el laboratorio. ¿Qué importa eso? El certificado es explícito: Muerte por septicemia, fallecimiento natural, nada de violencias. ¿Es lo que querías saber?

—Sí, y también querría saber si alguien le dio esos mariscos en malas condiciones a propósito.

—¿Estás sospechando de mí?

—Yo me permito el lujo de sospechar de todo el mundo, aunque eso me antagoniza con los interrogados.

—Pues puedes borrarle de la lista negra. Maurice Faben murió de forma estúpida, pero natural.

—Eso todavía falta aclararlo. —Hizo una breve pausa e inquirió —: Si tuvieras en tu poder el cadáver de tu marido, ¿dónde lo esconderías?

—¿Quéee?

—Hablo en hipótesis.

—Ah, bueno. Pues lo metería en su caja, en su ataúd me refiero. ¿Dónde mejor iba a estar?

—No sé, a veces a algunas personas les interesa guardar recuerdos muy personales por algún motivo particular.

—¿Por qué?

—Quizá por *hobby*. Hoy en día se hacen las cosas más sorprendentes, desde ir a practicar el yoga a la India, a ganar millones de francos en unas horas rascando la guitarra y ya ves que te digo rascando, no rasgueando.

—Eres, muy irónico.

—También se podrían ganar diez millones de otra forma.

—¿Cuál?

—Guardando un cadáver.

Ella parpadeó asombrada.

—¿Es un acertijo?

—Es lo que yo me estoy preguntando y no le hallo solución. Espero que me dejes venir a verte a menudo para poder seguir charlando.

—¿Ha terminado el interrogatorio por hoy?

—Sí. Por cierto, no me has preguntado quién soy aparte de mi nombre.

—Un investigador privado.

—¿Te lo ha contado Jaferty?

—Sí.

—¿Y te ha contado lo que estoy investigando?

—Me ha dicho que buscas algo que él te ha encargado encontrar. Supongo que serás tú quien me diga lo que Jaferty busca. ¿Acaso un alijo de LSD? Últimamente vamos muy escasos.

—Y como tu marido ha muerto, hasta que Jaferty no te proporcione la mercancía tendrás problemas con los chicos — ironizó Roger poniéndose en pie.

—Sí, aunque ya sabré arreglármelas por un tiempo.

—¿Cómo? ¿Diluyéndoles la droga al cincuenta por ciento y

cobrándoles lo mismo?

—Sabes mucho de este negocio, ¿eh?

—Cuando se ventilan muchos trapos sucios se acaba conociendo el color que tienen y la tela de que han sido confeccionados. Bueno, creo que por esta noche ya hemos hablado bastante.

—Sí, a veces las palabras sobran —comentó ella; buscando con sus labios la boca del hombre.

Monique debió oprimir algún resorte oculto, porque la luz rojiza de la estancia disminuyó hasta la décima parte. Roger notó que los labios femeninos eran ardientes, tan ardientes como si se hubiera puesto una brasa de carbón entre ellos.

Roger pensó que tenía un mes de permiso y que no estaba de servicio.

CAPÍTULO III

Miró su reloj de pulsera con saetas y números fosforescentes.

—Las tres de la madrugada.

Volvió su cabeza hacia aquel edificio de líneas funcionales, sin ornamentación alguna y aparentemente en silencio. Nada se traslucía en el exterior de lo que había en la planta octava.

Se puso el pitillo entre los labios y al aprisionarlo recordó los labios de la hermosa Monique. ¿Qué clase de embrujo tenía aquella mujer?

Se dijo que era peligroso mirar demasiado aquellos ojos de gata. No era ningún novato y había conocido a mujeres de todas las clases, pero Monique era la más peligrosa de todas. Podía entregar su cuerpo, pero al mismo tiempo te arrancaba el alma con sus uñas afiladas.

Se dirigió al «DS» que tenía aparcado en una callejuela del sucio Montpamasse.

Abrió la portezuela y se introdujo en el auto, acomodándose ante el volante.

Giró la llave de contacto y puso el motor en marcha cuando el rostro de un tipo de unos veinticinco años, con un diente partido en el maxilar superior y una fea cicatriz en diagonal sobre el ojo izquierdo, asomó en la ventanilla al tiempo que le decía en una mezcla de cinismo y sarcasmo:

—Creo que el coche no le va a funcionar. Tiene una rueda pinchada.

Roger lo miró por un instante. Luego, abrió la portezuela y se asomó al exterior. Vio que las dos ruedas del lado izquierdo estaban reventadas y aquello era demasiada casualidad.

Alzó los ojos y no le agradó lo que vio.

De entre las sombras habían surgido varios jóvenes pandilleros, blousons-noirs o jeune voyour. Todos le miraban sonriendo

cínicamente mientras en sus manos blancas, sin callosidades causadas por el trabajo, aparecían navajas automáticas que fueron desnudando sus aceros.

—Parece que tengo mala suerte esta noche —bromeó sin demostrar miedo.

—Eso creemos nosotros también —replicó el tipo de la cicatriz. Al igual que sus compañeros lucía cazadora de piel negra.

Aquel sujeto repulsivo, que tenía un pelo corto y rizado color paja, le agarró por el brazo y tiró de él para sacarlo del automóvil, pero se llevó una sorpresa al encajar un planchazo en el estómago que lo proyectó unos metros más lejos, quedando tendido sobre el adoquinado de la calle.

Pese a tener las ruedas pinchadas por las malignas navajas, el «Citroen» aceleró produciendo unos ruidos extraños. Tuvo que agarrarse fuertemente al volante para no perder el control del auto que parecía ebrio.

Uno de aquellos pandilleros se aferró a la portezuela abierta e intentó herirle con su acero cuando Roger tiró fuertemente de la puerta, aplastándole los dedos.

—Lo siento, amigo, primero soy yo.

El muchacho, que no tendría más de veinte años, soltó su navaja. Lanzó un fuerte grito de dolor y cayó al suelo mientras los otros corrían tras el automóvil que por su estado no podía llegar lejos.

Roger también sabía que no avanzaría mucho y le preocupaba aquella media docena de gamberros que venían tras él con sus cuchillos en ristre.

«¿Quién los habrá mandado contra mí?», se preguntó cuando el «Citroen» subió a la acera.

Se dio prisa en abandonarlo antes de que los blousons noir doblaran la calle.

Corrió hasta, ocultarse en un portal. Allí, sumido en la oscuridad, aguardó.

—¡Aquí está el coche! —gritó uno de los pandilleros.

—¡El tío no está dentro! —masculó otro.

—¡Busquémoslo! —ordenó el del diente roto y la cicatriz en la frente.

Se escucharon pasos por la calle solitaria.

Roger esperó con los nervios en tensión mientras los jóvenes registraban los portales y rincones.

—Habrá escapado por patas —dijo otro, añadiendo una obscena imprecación.

Roger los oía perfectamente, estaban muy cerca de él. Los vio pasar por la calle mientras él se mantenía en la oscuridad. De pronto, uno de aquellos golfos pasó introduciéndose ligeramente en el portal.

Un golpe de karate en la base del cuello lo dejó dormido instantáneamente. Roger lo recogió en sus brazos para que no produjera ruido al caer. Por último, lo subió por la escalera y esperó en el rellano alto.

Era posible que sus compañeros advirtieran su ausencia y lo buscaran.

Roger dejó pasar el tiempo. Luego, registró al muchacho y le quitó una navaja. Desnudó la hoja cuando se percató de que recobrara el sentido.

—Eh, ¿dónde estáis? —preguntó.

Roger encendió su mechero iluminándose el rostro para que el joven viera que él no era uno de sus amigos.

—¡Eh, no me haga nada, no me haga nada!

—Con que ahora se te mojan los pantalones de miedo, ¿eh? Los tipos como vosotros me dais asco. Juntos hacéis mucho daño, pero a solas no sois más que unos cobardes.

—¡No queríamos hacerle nada!

—Ya conozco el cuento: Sólo era una broma. Y para reíros bastante me habéis pinchado los neumáticos del coche y luego queríais pincharme a mí, ¿no es cierto?

—Sólo queríamos asustarlo, no somos asesinos.

—Eso todavía está por ver.

—¡Se lo juro!

—¿Quieres que te lleve a una comisaría? El modo de despedirte de tus compañeros por algún tiempo, o ¿prefieres que te pinche yo? No soy manco, ¿sabes?

—No, no, déjeme ir, le pagaré las ruedas...

—¿Cuándo?

—Cuando tenga dinero.

—¿Y de dónde vas a sacarlo?

—Eso no lo sé, haciendo cosas.

—¿Cosas, robando quizá?

—No, no, yo no robo.

—¿Cómo te llamas? No me mientas, lo sabré y lo pasarías mal.

—Arthur Meneux.

—Bien, Arthur, primero vas a decirme quién os ha ordenado que me buscarais las cosquillas con vuestras navajas.

—Ha sido el Moro.

—¿El Moro? ¿Quién es el Moro?

—El jefe de la pandilla.

—¿Te refieres al tipo del diente partido y la cicatriz en la frente?

—Sí, él es el Moro.

—No me dirás que es argelino.

—No, bueno, nació en Argel, pero es francés. Su padre era de la OAS, un tipo que se las sabía todas.

—Claro, y su retoño aprendió todas sus artimañas.

—Sí, conoce muchos trucos. Sabe fabricar bombas de plástico y otras cosas más. Su padre lo hizo participar en varias misiones.

—Un padre digno de ser expuesto en mi museo. Me gustaría hablar con él.

—No podrá, a menos que se muera.

—Ya. ¿Fueron los argelinos o el disgusto de no poder tirar más bombas cuando se firmó la paz dejando a Argelia para sus verdaderos dueños?

—Estalló junto con una carga de plástico que él mismo había colocado. No tuvo suerte.

—Es lo mismo que os ocurrirá a los demás con esta vida de golfos. ¿Sabes quién pidió al Moro que vinierais tras de mí?

—No. Ha bajado del almacén y nos ha dicho que teníamos algo que hacer.

—Claro, él manda y los demás, como burros, a obedecer.

—Es el más listo de todos.

—Mira, Arthur, me parece que tú no eres como los otros, que no tienes madera de asesino. ¿Por qué vas con ellos?

—Tengo que demostrar que no soy un gallina.

—Tú y yo vamos a ser amigos, pero no voy a perdonarte. Haré arreglar el coche y te pasaré la factura.

—No tengo dinero ahora para pagarle.

—Lo supongo. Por eso te vas a poner a trabajar mañana mismo.

—¿Y si me niego?

—Te denunciaré a la policía y te advierto que me harán caso. Tengo buenas relaciones con ella. Conozco a fondo al inspector general Jussie y si le hablo de ti vas a pasarlo mal, ¿comprendido?

—De acuerdo. Si no tengo otra solución...

—Ahora, voy a acompañarte a tu casa para estar seguro de ti. No quiero que te pierdas.

—¿Y por qué hace esto conmigo? Podría denunciarme y se evitaba jaleos. Si el Moro se entera de esto se pondrá, furioso.

—¿Contra ti o contra mí?

—Contra los dos.

—Será una ocasión digna para demostrarles que no eres un gallina. Andando, que tienes que contarme algunas cosas más sobre el Moro y el resto de la pandilla.

El Moro y sus compinches no aparecieron por la calleja y Roger salió de ella empujando por delante a Arthur, quien se sentía como avergonzado.

—Espero que no trates de correr. Me decepcionarías ahora que te estoy dando una oportunidad.

—No escaparé.

—¿Vives con tus padres?

—No, ellos se mataron en accidente de coche cerca de Marsella. Yo vivo con Jeanine, es mi hermana.

—¿Y tu hermana ha elegido el camino de la golfería como tú?

—¡Si vuelve a decir eso le parto la cara! —estalló violentamente.

Roger lo contuvo. Sin embargo le agradó la reacción del muchacho que demostró que su conciencia no estaba todavía perdida.

—Te he hecho una pregunta, no una afirmación.

—Yo no entiendo de palabrerías, pero con mi hermana no se meta. Nadie, ni el Moro lo hace.

—Bien, si eso es lo único que te hace perder la cabeza, te felicito.

Arthur reanudó la marcha, observando de reojo al americano. Luego, a modo de explicación y excusa, añadió:

—Ella es dibujante. Se gana la vida haciendo viñetas para, una revista infantil.

—Una bonita profesión.

—Sí, pero mal pagada. Trabaja para una editora que lanza las revistas tan justas que mi hermana, para ganar algo decente, se ha de quemar las pestañas.

—¿Si trabajara para una empresa grande sería distinto?

—Claro, podría ganar hasta diez veces más, pero es muy difícil. En todas partes ya tienen las plazas ocupadas y no es porque Jeanine no busque.

—Me agrada conocer a tu hermana. Creo que vale bastante más que tú.

Arthur no respondió.

Minutos después, entraban en un portal tan oscuro, sucio y maloliente, con dos grandes cubos rebosantes de basura, que dejaba chiquito al portal en que se escondiera Roger para atrapar al muchacho.

Arthur hundió la llave en la puerta de la buhardilla y tuvo que hacerlo al tacto, porque allí no se veía nada.

—¿No se puede largar ahora? —inquirió el chico antes de dejarle entrar en la buhardilla, iluminada por unas grandes cristalerías inclinadas por las que penetraba la luz de la luna.

—No, deseo hablar con tu hermana.

—Ya le pagaré sus neumáticos.

—Anda, enciende la luz.

—Está bien —masculló molesto.

Dio al conmutador y la pieza principal de la buhardilla se iluminó.

En ella aparecía una mesa grande de dibujo, llena de viñetas dibujadas, varios tinteros y rotuladores.

—¡Jeanine, tenemos visita!

Se abrió la puerta de una habitación y apareció Jeanine. Por unos instantes, a Roger le fue imposible apartar su mirada de ella, pese a que la muchacha acababa de levantarse de la cama y ésa era una prueba difícil de resistir para la mayoría de las mujeres.

Jeanine era alta, más que su hermano. Delgada, lánguida toda ella. Envolvía su cuerpo en una bata sencilla, anudada a la cintura muy estrecha.

Su cabello era rubio, lacio, con un fleco sobre los grandes ojos de pupilas tan azules como el cielo mediterráneo.

—¿Visitas a esta hora de la madrugada? —preguntó parpadeando al observar a Rogar.

Luego, clavó sus ojos en Arthur como queriendo escapar al imán de la mirada del desconocido. Con su intuición femenina se había dado cuenta de que la atraía con fuerza.

—¿Para qué hablar con rodeos? —Gruñó Arthur—. Hemos cometido una tontería pinchando los neumáticos de un coche.

—¿Es usted de la policía? —inquirió Jeanine inquieta.

—No, él es el afectado. El coche era suyo.

—Sólo soy un detective privado norteamericano.

—¡Eh, eso no me lo había contado a mí! —exclamó Arthur sorprendido.

—¿Quieres decir que ignorabas que era un detective privado? —le preguntó Jeanine.

¡Naturalmente! Él sólo me ha dicho que era el dueño del coche pinchado.

—En realidad, no soy el propietario del auto. Yo no vivo en París y sólo lo tengo en alquiler por un mes. No obstante, hay que repararlo.

—¿Y qué le ha hecho Arthur?

—Pinchar las ruedas, una broma bastante estúpida. El coche se ha estrellado contra una pared cuando yo pretendía escapar.

—¿Escapar de quién? —continuó la joven.

—De ellos. Por lo visto, no se habían conformado con pinchar las ruedas sino que también querían pincharme a mí con esto.

Mostró la navaja de Arthur.

—¡Arthur!

—Bah, solo. Queríamos gastarles una broma —se excusó él—. Además, los neumáticos los pinchamos entre todos.

—¡Arthur! ¿Cómo eres capaz de esas canalladas?

—Puaf, tú eres una mujer, no lo comprendes.

—He acompañado a su hermano hasta aquí porque creo que aún puede hacerse algo por él.

—Oiga, a mí no me da nadie lecciones. No me gustan los sabiondos y menos cuando se valen de una navaja para dar consejos.

Roger hundió el cuchillo entre la jamba y la puerta e hizo saltar la hoja de acero, partiéndola. Luego, la arrojó al suelo.

—Les cuchillos sólo sirven para eso y creo que tendrías que estar contento de que no te haya llevado a la policía.

—Bah, si no me ha llevado a la policía es porque a lo mejor también tiene trapos sucios que esconder. Los investigadores privados no siempre tienen las manos limpias.

—Como quieras, Arthur. Allí en la pared veo un teléfono. Sólo hay que llamar a la policía y un inspector menos tonto que yo se encargará de ti por algún tiempo.

Roger se aproximó al aparato y lo descolgó.

Silenciosamente, Jeanine se le acercó y con la mano cortó la línea. Él la observó en silencio y ella lo miró suplicante.

—Dele una oportunidad. Anda equivocado, lo sé, pero dele una oportunidad.

—Es lo que estoy haciendo. Tiene malas amistades, sobre todo el cacique de esa pandilla, el llamado el Moro.

—¿El Moro? ¿No te he pedido cien veces que no salgas con ese indeseable?

—Está bien, Jeanine, está bien, no volveré a salir con ellos, pero es que me aburro.

—Si trabajas no te aburrirás —masculló Roger—. Llevaré a arreglar mi coche y luego te pasaré la factura para que la pagues de tu trabajo. ¿Le parece correcto, Jeanine?

Ella suspiró con aire resignado.

—Sí, creo que es una lección que se merece.

—Pero ya he dicho que yo no pinché los neumáticos. Bueno, sólo toqué uno de ellos...

—Para no ser menos que los golfos de tus compañeros —replicó Roger molesto.

—Jeanine, tú sabes cómo son esas cosas. Si no actúas como los demás te llaman gallina.

—Creo que debes dar gracias a Dios por haber encontrado a un hombre comprensivo como el que te acompaña. Otro te habría llevado a la comisaría.

Arthur no parecía muy dispuesto a dejarse vencer. Encarándose con Roger gruñó:

—Y si no pago la factura, ¿va a llevarme a rastras a la comisaría?

—No. Me es mucho más fácil llevar el coche a componer. Pasaré

la factura a la compañía aseguradora, ellos la pagarán y naturalmente darán aviso a la policía. Como yo diré quiénes han sido, las autoridades harán un arresto y lo pasaréis mal. Las compañías aseguradoras no van a perdonaros y exigirán la máxima pena, ya que están escarmentadas de los destrozos que causáis normalmente y que al cabo del año les cuestan sus buenos cientos de miles de francos.

—Señor, como se llame...

—Roger y quita el señor. No me cae bien.

—Bien, Roger, mi hermano le pagará esa factura trabajando como usted pide y yo le agradezco lo que hace por él.

—¿Tú te comprometes por mí? —inquirió Arthur escéptico.

—Sí, y espero que no me harás quedar mal.

—Arthur, tienes una hermana que no te la mereces. Yo me largo ahora. Ah, no te acerques más al Moro. Pienso buscarlo para hablar un poco y no me gustaría verte cerca de él.

—¿Es que se ha convertido en el ángel de la guarda de los niños huérfanos? —preguntó Arthur irónico.

—No, sólo trato de interrogar al Moro. No es tan imbécil como los de su pandilla, él sabe lo que busca. Es un hampón profesional que saca beneficio de vuestra tontería.

—Se cree muy listo, ¿verdad?

—¡Arthur, cállate de una vez! —pidió Jeanine.

—Déjeme responderle a su hermano. —Roger volvió su rostro hacia el joven rebelde, lo miró fijamente—. ¿Por qué crees que me elegisteis como víctima?, ¿por casualidad? No, el Moro sabe que estoy investigando un caso grave y quizá él conozca mucho de lo que ando buscando. Te aseguro que meterte en esa clase de líos te perjudicaría algo más que un tiempo en la cárcel.

Jeanine se asustó:

—No será un delito de homicidio, ¿verdad?

—Todavía no sé en qué acabará todo, pero es posible que al final alguien visite a *madame* Guillotine. Por eso, es preferible que no te metas en líos que además desconoces.

Tras aquellas palabras, Roger Stacy dio una ojeada a los dibujos que había sobre la mesa y se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, Roger —saludó Jeanine sin moverse de su sitio.

—Lo mismo digo. Ah, se me olvidaba, dibuja como los verdaderos ángeles, Jeanine.

Y salió de la casa dando un suave portazo.

CAPÍTULO IV

—Usted dirá qué le duele —dijo el médico enfundado en una corta Bata Blanca.

A un extremo de la mesa, sentada ante una máquina de escribir, se hallaba una enfermera capaz de subir la tensión al hipotónico más recalcitrante con sólo mirar sus abultados senos, la atrayente minifalda o la amplitud de caderas de aquella descendiente de Eva con nariz respingona y aire de tontina.

Roger Stacy miró al galeno. Aquel hombre pasaba de los cincuenta, usaba gruesos lentes producto de una fuerte miopía y su aspecto no le gustó demasiado.

—Verá, yo tengo problemas, pero mis problemas están aquí dentro. —Señaló su frente.

—Le advierto que no soy psiquiatra, sólo un médico general y especialista en cirugía menor.

—¿Traumatólogo?

—Bueno, algo así. Si su problema está en la mente no podré atenderle. Sin embargo, le recomendaré a algún especialista ya que ha tenido la atención de venir hasta mi consultorio.

—Verá, doctor, a mí no me hace falta un psiquiatra aunque se diga, que todos los norteamericanos somos pacientes fijos de un loquero profesional.

—Ah, conque es americano.

—¿No lo había notado?

—Me he dado cuenta de que su francés no es propio de un parisino, que suena a extranjero aunque habla usted, bastante bien nuestra lengua.

—Es un halago que no merezco —respondió irónico—. Mas, sigamos hablando de lo nuestro. Mi problema está en hallar respuesta a unos interrogantes.

—¿Y usted pretende que yo se los aclare?

—Eso es, doctor. Unas respuestas para unas preguntas.

El médico carraspeó y escrutó a Roger a través de sus gruesas gafas, molestándole que los grandes ojos de su enfermera se encandilasen en el rostro del norteamericano.

—Me temo que esto no es un concurso de televisión *in situ*, sino el consultorio de un médico. Ya le he dicho que puedo recomendarle a un buen psiquiatra.

—Doctor, yo voy a preguntarle sobre Maurice Faben.

El médico mantuvo su rostro rígido, pero Roger captó una ligera palidez.

—¿Qué sucede con Maurice Faben?

—Que el pobre se murió hace muy pocos días. ¿Acaso no lo recuerda?

—Sí, claro que lo recuerdo. Yo certifiqué su muerte.

—Exacto, usted certifico, su muerte. ¿Acaso Maurice Faben era cliente suyo?

—Pues sí, algunas veces había venido a visitarse.

—Es extraño, porque Faben vivía al otro lado de París y no aquí en Saint Denis.

—¿Quién, es usted, y con qué derecho hace preguntas?

—Encantado, ¿puedes salir un momento del consultorio? —preguntó Stacy a la enfermera.

Ésta miró a su jefe interrogante.

—Si se ha creído que va a dar órdenes, está equivocado. —Tomó el teléfono y lo descolgó. Mirando a Roger pregunte—: Tengo una duda. Usted, ¿a quién prefiere que llame, a la policía o a los loqueros?

—Doctor Seoane antes de venir aquí me he informado de su vida y misterios. Hubiera querido visitarle antes, pero precisaba datos.

—¿Y los tiene ahora? —preguntó escéptico, pero aún con el auricular en la mano.

—Sí.

—¿Quién se los ha proporcionado?

—Unas computadoras de la WIP del departamento europeo. Le advierto que esos artefactos electrónicos pueden archivar millones de datos y no se olvidan de nada. Se asombraría de lo que ha escrito esta máquina sobre usted a treinta líneas por minuto. Si lo divulgara se quedaría sin pacientes, honestos, me refiero.

Seoane expulsó el aire con fuerza por su nariz de patata y llena de unos pequeños orificios que casi podrían llamarse cráteres. Miró a su curvilínea enfermera y dijo:

—Vaya a ver cómo están los análisis pendientes de sedimentación de la sangre.

—Sí, doctor.

Se levantó y ofreció a Roger un primer plano de su redondeada y abultada anatomía posterior. Luego, caminó oscilando sus nalgas de un lado a otro.

Al llegar a la puerta, antes de desaparecer, le dedicó una caída de ojos que de hacer lo mismo en el campamento de los «Boinas Verdes» en el sudeste asiático, habría levantado toda la moral de la tropa y algo más.

—Bien, ya estamos a solas. ¿Qué quiere de mí?

—Saber algo más de Maurice Faben.

—¿Hace una investigación oficial?

—No, sólo ayudo a un amigo.

—Bien, eso me facilita las cosas.

—Yo diría que se las complica. Los investigadores privados, aunque parezca que tenemos menos defensa, también gozamos de mayor libertad y podemos emplear ciertos truquillos vedados para la policía.

—¿Y si rehúso a responder?

—«Doc», usted ha hecho irnos trabajitos a ciertas mujeres que al colegio médico francés le agradecería conocer. No creo que pudiera continuar ejerciendo.

—¿Tiene pruebas de eso?

—No, yo no tengo pruebas de nada, pero sé que estuvo fichado, que falsificó cheques, que ha recetado estupefacientes sin que sus digamos pacientes los necesitaran...

—Todo eso es falso, la policía no sabe nada de ello.

—Sí, la policía no sabe nada, pero la computadora de la WIP anota los datos que le proporcionan miles de investigadores repartidos por todo el mundo y le importa poco si sobre esos datos un jurado determina inocente o culpable. Sólo proporciona datos. ¿Le gustaría que ese informe pasara a la policía y ésta, al igual que el colegio de médicos, se encargara de investigar lo que hay de cierto en él? Quizá de cien cochinadas que hubiera hecho usted,

noventa y nueve no podrían ser probadas pero con una que lo fuera, usted iría a parar con sus huesos a la cárcel.

—Y si sabe tanto, ¿por qué su computadora no ha proporcionado esos datos a la policía?

—Porque nosotros, ya se le he dicho, no somos investigadores oficiales. No vamos tras los criminales como la policía mundial. Sólo anotamos datos y los empleamos para resolver los problemas de nuestros clientes, claro que siempre que la policía nos pide algo, nosotros la atendemos gustosamente, porque ella actúa a la recíproca.

—Y ahora está empleando esos datos para beneficio de su cliente.

—Sí.

—¿Quién es su cliente?

—Lo siento, ética profesional. No puedo revelar su nombre, a menos que él me autorice.

—Bien, ¿y qué es lo que tengo que decir bajo esta extorsión que me hace?

—¿Extorsión? —Chasqueó los labios—. Es una palabra fea, sí señor, muy fea. La verdad es que no se puede apretar las clavijas a alguien que no tenga un pasado sucio y si lo tiene, ¿por qué ir con miramientos?

—Es usted un cínico.

—Bien, doctor, creo que vamos a entendernos. Hábleme de Faben.

—¿Quiere el certificado de su fallecimiento?

—Sí, y todo su *dossier*, ya que era paciente suyo.

—Está bien.

Se levantó e introdujo una llave en un fichero.

Sacó una carpeta en la que estaba escrito el nombre de Maurice Faben. En letras negras, más abajo, decía «FALLECIDO».

—Padecía de úlcera de estómago. Venía a consulta cuando le molestaba.

—¿Le sorprendió su muerte?

—Sí, claro que hay enfermedades que matan muy aprisa.

—¿No se le ocurrió llevar a Faben al hospital para que le hicieran una cura drástica?

—Cuando me avisaron, ya estaba agonizando. Habían dejado

pasar demasiado tiempo. Ya era inútil, ni en el hospital lo hubieran salvado. Yo probé varios antibióticos modernísimos, pero no hubo nada que hacer. La septicemia atenazó a Faben con una virulencia tan grande, que dañó los órganos vitales, entre ellos el cerebro.

—¿Está insinuando que la esposa de Faben no llamó tiempo para que salvaran a su marido?

—No, yo no he dicho tal cosa. Creo que la señora Faben estaba de viaje y cuando llegó a casa encontró a su marido en la cama en estado de coma.

—¿Y la servidumbre no se apercibió de ello?

—Carecen de ella. Son prácticos. Comen fuera de casa y, la verdad, eso resulta práctico y hasta económico, pensando en el sueldo de una cocinera, pero a la larga es perjudicial. Un día u otro se tropieza con unos mariscos en mal estado o un pedazo de cerdo que nos intoxica.

—¿Podría probar que mataron a Maurice Faben unos mariscos en mal estado?

—Por supuesto que no. Yo sólo puedo probar que Faben padecía de úlcera y que falleció de una septicemia tras dos días de coma. Los médicos no estamos obligados a investigar cuando firmamos un certificado, siempre que no sea una causa traumatológica, claro.

—Todo un curso de medicina legal, pero Faben fue a la fosa. ¿Qué gana usted con ello?

—¿Yo? Nada, al contrario. Perdí un cliente.

—A veces se gana bastante por tener la boca cerrada.

—¿Pretende involucrarme en algún asunto feo? —le preguntó desafiante.

—No, no trato de complicarle en nada. Sólo estoy averiguando, haciendo preguntas. Por ejemplo, ¿dónde guardaría usted un cadáver? Si lo tuviera, por supuesto.

—En los frigoríficos de la Morgue.

—Una respuesta muy lógica, pero ¿y si no quisiera que ese cadáver fuera descubierto por algún tiempo?

—Lo tiraría al fondo del río, prepararía un festín para perros o lo metería en un homo crematorio. ¿Le satisfacen las respuestas? —preguntó mordaz.

—No, no me satisfacen, porque yo deseo saber algo más sutil. Le pregunto dónde lo guardaría en estado normal para que luego, al

encontrarlo, lo hallaran como si nada hubiera ocurrido.

—¿Quiere decir guardarlo mientras se descompone?

—Exacto.

—En ninguna parte. Haría un hedor a perros. Cuando estamos vivos, con jabones, perfumes y desodorantes nos podemos soportar mutuamente, pero muertos, lo mejor es enterramos o tapiamos, porque no hay quien nos aguante.

—Bien, «doc». Es usted ágil en sus respuestas. Aunque parecen francas, son realmente astutas y evasivas.

—¿No cree todo lo que le he respondido?

—Pudiera ser que no, pero yo averiguaré algo más.

El médico le miró con los ojos semicerrados, concentrando sus pupilas sobre el americano.

—¿Qué es lo que investigará?

—Cómo murió Faben realmente y...

—¿Qué más? —inquirió el galeno.

Roger se puso en pie, sonriendo misterioso, burlón e irónico.

—Eso es asunto mío. Cuando tenga resultados y si usted está metido en el lío, es posible que se lo diga.

Seoane apretó los puños sobre la mesa.

—Le advierto que los extorsionistas como usted suelen acabar mal.

—¿Es una amenaza?

—Tómelo como guste.

—Una cosa, «doc».

—¿Qué? —Gruñó intempestivo.

—No hay una persona más ideal para cometer un asesinato que un médico.

—Podría ser, pero no suele ocurrir. Nosotros damos vida no la quitamos.

—La excepción siempre confirma la regla, «doc». Uno solo de ustedes, con mente de asesino, puede provocar enfermedades letales en su víctima, ignorándolo ella misma. Luego, cuando muere, se firma el certificado y a quedar tranquilo. Nadie puede averiguar nada, porque el muerto se ha ido al otro mundo de un modo natural, según los informes oficiales.

—Suposiciones.

—Puede ser, pero ¿sabe una cosa?

—¿Qué?

—Le buscaré las cosquillas de ahora en adelante. Estoy seguro de que tiene las manos manchadas hasta el mismísimo cuello.

—Usted no se atreverá a molestarme.

—¿Ah, no? ¿Qué hará para impedírmelo? —inquirió socarrón.

—Llamar a la policía si es preciso.

—Hágalo. Tendré mucho gusto en charlar con el inspector de turno.

—Está bien, con la policía tiene usted ganada la baza, pero hay otros medios de... —calló.

—¿De suprimirme para que deje de ser molesto? ¿Acaso tiene por ahí una jeringuilla preparada con una dosis de cultivo virulento septicémico para inyectármelo en la sangre, «doc»?

Seoane apretó las mandíbulas pero no dijo nada más. Su mirada estaba cargada de odio hacia el americano.

Roger B. Stacy levantó la mano a modo de saludo y abandonó el consultorio.

Al pasar a la sala de espera se encontró con la enfermera capaz de transformar todo el sistema básico de la geometría lineal, plana y espacial.

—Tenga, no se olvide de esto.

Roger recogió el papel que la fémina le tendía con la más amplia de sus sonrisas y su mejor caída de ojos, quizá aprendida tras duras jornadas ante el espejo tratando de imitar a Raquel Welch.

—¿Qué es esto, un medicamento en clave o la cantidad de glóbulos rojos que debo tener?

—Es mi número de teléfono.

Antes de que Roger pudiera objetar algo, aquella hembra escapada de un cuadro de Rubens desapareció tras la puerta del consultorio.

Por un instante, Roger pensó que ya tenía demasiadas amistades femeninas en París como para buscarse más líos de faldas.

Iba a arrojar aquel número telefónico, convirtiéndolo en una pelotilla de papel, pero se contuvo. Una idea aceptable vino a su mente y se guardó el número en el bolsillo superior de la chaqueta. Poco después abandonaba aquel lugar.

CAPÍTULO V

La danzarina de *striptease* evolucionó de un lado a otro mientras la tela que cubría su torneado cuerpo quedaba en el suelo a retazos, como hojas de un árbol en otoño y no parecía que la bailarina fuera de cara al invierno como el árbol, sino hacia un verano muy caluroso.

Sterling H. Jaferty aplastó la colilla de su cigarro en el cenicero de cristal que había sobre la mesa.

—Si quiere su parte, exijo resultados rápidos.

Roger B. Stacy le miró sin perder la calma.

—No se impaciente y mire a esa chica; está hecha un bombón.

—No le he citado aquí para ver chicas, sino para hablar de nuestro asunto.

—Sterling —hizo una pausa para aspirar y expulsar el humo, poniendo parsimonia en sus movimientos como si pretendiera molestar a su interlocutor—. Sola estamos al principio del caso, todavía le queda tiempo para anunciarlo a la compañía de seguros.

—Pero es que el tipo que me está haciendo la jugarreta me ha llamado por teléfono.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le ha dicho?

—El modo de entregarle los cinco millones a cambio del cadáver, claro.

—¿Cadáver que ese tipo dejaría de nuevo dentro del ataúd?

—Exacto, ése es el trato, pero yo no me fío. El cuerpo puede tener alguna herida que induzca a sospechar a los inspectores de las compañías aseguradoras. Créame que siendo una prima de diez millones van a mirárselo con lupa, si no con microscopio. Buscarán cualquier detalle útil para negarse a pagar. Conozco bien a las aseguradoras. Cobran rápido, pero para pagar la buscan siempre los tres pies al gato.

—Eso no es incumbencia mía, Sterling. Si el cadáver presenta

alguna herida, yo nada tengo que ver en ello. Sólo tengo que buscarlo y depositarlo de nuevo en el féretro.

—Sí, es cierto, ésa es su misión, pero aún no lo ha conseguido, pese a sus ínfulas de experto investigador.

—Usted no me ha dado ningún sospechoso. Tengo que investigar desde la base. No me ha dicho todavía si la voz que le ha llamado por teléfono es masculina o femenina.

—Masculina, por supuesto.

—Yo no tengo por qué suponerlo —corrigió Roger.

—¿Y por qué habría de ser una mujer?

—No lo sé, pero me temo que quien propone ese trato no está solo.

—¿Por qué cree eso? —inquirió Sterling vivamente interesado.

—La losa; que había sobre el ataúd pesa demasiado.

—No es mala observación, pero si hay dos o más metidos en el lío, peor para mí.

—¿Por qué? Después de todo, sólo le piden el cincuenta por ciento de lo que usted va a sacar.

—Pero yo lo voy a cobrar de un modo legal y lo que ellos tratan de hacerme es una extorsión.

—Si tuviera la conciencia limpia acudiría a la policía, Sterling. Por cierto, ¿suministra usted ahora LSD que hace falta al almacén de la viuda Faben?

—¿Y eso qué le importa?

—Me gusta estar enterado de todo.

—Eso no le incumbe. Mis asuntos particulares, son terreno privado, no lo olvide.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Se toma su *brandy*?

—No, no tengo sed.

Roger miró a la bailarina y ésta se aproximó a su mesa. El norteamericano pudo admirarla más de cerca. La chica tenía una piel tostada, muy fina y sedosa. Roger hubiera jurado que técnicamente era árabe.

—¿Le han dicho la forma en que debe pagar?

—Sí, y la cosa está muy fea.

—¿Por qué?

—Del modo en que quieren cobrar no hay medio de cazarlos. Son tipos listos, muy astutos. Quizá unos extorsionadores

profesionales a les cuales no hay forma de atrapar.

—¿Sistema de pago?

—Poner los cinco millones en el Banco de Burdeos y hacer una transferencia privada a un Banco suizo.

—¿A nombre de quién?

—A nombre de nadie, sólo a una clave. El Banco suizo no revela la identidad del propietario de la caja. Estos condenados sujetos son muy astutos y se tragarán los cinco millones sin que nadie pueda impedirlo y, lo que es peor, sin dar la cara. Jamás podremos averiguar quién es el titular de la caja del Banco suizo.

—¿Garantías de la restitución del cadáver?

—Ninguna, solo, confiar en su palabra.

—Es muy poco.

—A cambio de cinco millones no me dan más y lo malo es que, si no pago, perderé los otros cinco que me ofrece la compañía de seguros. Faltan muy pocos días para finalizar el contrato.

—Lo que quiere decir que tengo que dar con esos tipos y el cadáver antes de que usted entregue el dinero al Banco de Burdeos.

—Exacto. Si no lo hace así, despídase de su parte.

Stacy quedó pensativo unos instantes mientras la bailarina hacía toda clase de provocaciones con los labios, sus ojos y gestos de su cuerpo, provocaciones que Roger admiraba sin inmutarse lo más mínimo, sin pestañear siquiera.

—¿Hay alguien metido en el lío del LSD que vendan a esos desgraciados del almacén?

—No. Faben y yo llevábamos todo el negocio.

—Pero supongo que habrán tenido otra clase de negocios.

—Sólo éste. Antes habíamos trabajado cada uno por nuestra cuenta.

—¿Y el proveedor que tienen?

—¿Tengo cara de imbécil?

—No lo había notado.

—No se haga el gracioso, Roger. Yo no le diría ni a mi madre quién es el proveedor.

—¿Teme que le haga la competencia?

—De más verdes maduran.

—Creo que no me ha mirado bien, Sterling. Yo no soy una rata como usted.

—A mí nadie me llama rata —masculló, incorporándose furioso.

—Siéntese otra vez o se convierte en el espectáculo gratuito de los que están admirando a la bailarina y le aseguro que sería divertido: la bella y la bestia.

—Su fanfarronería me fastidia.

—Y a mí me fastidia usted, Sterling. Sin embargo, lo aguanto.

—Opino que mejor sería prescindir de usted.

—Eso ya no puede ser.

—¿Ah, no?

—No. Voy a tomar mi tajada en este asunto. Cuando empiezo algo lo termino, pese a quien pese. Por cierto, ¿conoce a un tipo llamado el Moro?

—¿El Moro? No sé, quizá lo haya oído nombrar.

—De modo que no le suena.

—Pues no mucho.

—Es el caciquillo de una pandilla de blousons-noir, o como quiera llamar a esos golfantes sin oficio ni beneficio que siempre andan con sus navajitas a pleito.

—Bueno, yo trato a mucha gente. Quizá lo haya oído nombrar alguna vez, pero ahora no recuerdo bien.

—Ese tipo merodea por los alrededores del almacén. Podría ser que tuviera algún contacto con la viuda Faben.

—¿Qué tiene que ver ella con el Moro?

—Aún no lo sé, pero es evidente que si ella es quien dirige la extorsión yo debo de ser un tipo molesto pese a que se muestre obsequiosa conmigo.

—¿Qué quiere decir con eso de obsequiosa?

—Imágineselo, creo que ya es lo suficientemente mayorcito —sonrió al tiempo que captaba una ligera palidez en el rostro de Jaferty, quien se sobrepuso rápidamente.

—Y bien, ¿por qué habría de tener un contacto la viuda Faben con ese Moro?

—No lo sé. Hay quien soborna a la policía para que los dejen tranquilos y otros hampones se protegen con matones. Si ella le paga al Moro, sabe de antemano que aquel sector del barrio quedará protegido, porque esos tipejos irán asustando a quien trate de molestar a los que entren y salgan del almacén, incluso a los comerciantes de la zona que protesten por las inmoralidades que

allí ocurran.

—Creo que eso es mucho suponer.

—Yo no lo considero así. La viuda Faben tiene otros matones por el estilo arriba en el almacén, cuidando su cueva a prueba de sonidos.

—Bueno, ¿y a mí qué me importa que tenga esa clase de matones o no?

—Creí que le interesaría, ya que esos tipejos trataron de pincharme como a un salchichón. Todos querían hundir sus navajitas en mi cuerpo.

—No me diga que han atentado contra usted...

—Tal como le digo. Reventaron las ruedas de mi coche.

—De modo que son peligrosos, ¿eh? Esa gente no habla por hablar.

—Sí, yo opino eso también. Son peligrosos. Lo que aún no acabo de comprender es dónde pueden esconder el cadáver y en qué forma van a transportarlo sin que se vea y huela, porque a más días transcurridos, el hedor que ha de despedir se intensifica, máxime cuando ha fallecido por una infección tan virulenta.

—Yo no lo sé. Averíguelo usted y pronto. No pierda ni un segundo, porque me han dado cuatro días de plazo para reunir la cantidad que me piden.

—¿Y la tiene ya en efectivo?

—No, tendré que pedir prestado. Sólo hacen que complicarme las cosas.

—No se ponga nervioso, Sterling, encontraré el cadáver que usted busca. Ahora, quédese aquí disfrutando de la contemplación de esa escultura viviente —le dio una palmada en el hombro y antes de alejarse, dijo ¡Ah, no se olvide de pagar la cuenta. Yo siempre cobro gastos aparte!

Un taxi le condujo al garaje donde dejara el «Citroen» para que le repararan las ruedas.

Pagó de su bolsillo la factura, y en el mismo «Citroen» se dirigió a Montparnasse.

Jeanine le recibió sola en su buhardilla y para abrir la puerta, tuvo que dejar el rotulador sobre la mesa de trabajo.

—Ah, es usted —dijo al reconocerle.

—¿Le molesta mi presencia?

—En absoluto, aunque me hace sentir algo avergonzada.

Roger penetró al interior de la buhardilla. La joven cerró la puerta.

—No debes sentirte avergonzada por lo que haga tu hermano y perdona que te tutee, pero es más cómodo para ambos. Espero que hagas lo propio.

—Arthur ya ha encontrado trabajo.

—¿Ah, sí? Es algo que me alegra. ¿Y de qué trabaja?

—No lo sé. Ha dicho que es una sorpresa. Que ya me lo contará, pero que de veras trabaja y traerá un sueldo a casa.

—Que ayudando al tuyo, os podrá mantener a ambos. ¿No es eso lo que quería decir?

—No debe provocar demasiado a Arthur. Es un niño todavía.

—Creo que si hubieras sido su madre en lugar de su hermana, no le habrías consentido menos.

—¿No perdona que le pincharan las ruedas?

—Jeanine, no se trata de una gamberrada cualquiera.

—¿Cree que puede pasarle algo malo a Arthur?

—¿Te olvidas del tuteo?

—Bueno, disculpa.

—No temas por Arthur, si es cierto que se ha apartado de ese tipo a podado el Moro, al que por cierto tengo que hacerle una visita y me temo que no va a ser muy amistosa.

—Tú eres distinto a Arthur. Eres fuerte físicamente y de carácter.

—Yo diría que soy débil.

La muchacha sonrió escéptica.

—¿Débil? No creo.

—Pues, sí, soy débil ante unos ojos azules como los tuyos.

—¿Vas a enamorarme?

—Jeanine —musitó, acercándose sin que ella se moviera del sitio en que permanecía en pie—, no te voy a engañar, he conocido a muchas mujeres.

—¿A fondo? —inquirió, haciendo bañar sus pupilas de un modo burlón.

—Tú eres distinta.

—¿Siempre actúas igual cuando quieres conquistar a una chica?

—Está bien, me callo, parece que hoy no es mi día, pero la

verdad, me gustas.

—¿Por qué dices eso, si sólo me has visto una vez antes de ahora y en un tiempo brevísimo?

—Un tiempo brevísimo, es cierto, pero ha sido suficiente para ver qué clase de mujer eres, aparte de lo hermosa.

—¿Ahora viene el capítulo de halagos?

—Sigues burlándote, ¿eh?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? A ver si ves la situación igual como la veo yo.

—¿Y cómo la ves tú?

—Un yanqui detective privado encuentra a un infeliz muchacho al que pretende poner en el camino recto. Al mismo tiempo conoce a la hermana del adolescente, quien ante su gesto humanitario se arroja en sus brazos, diciéndole: «Te quiero, Roger, te quiero».

—Me temo que has visto muchos telefilmes. No obstante, las últimas palabras que has dicho no han estado mal. ¿Acaso las has repetido muchas veces durante el tiempo que ha transcurrido entre nuestro primer encuentro y ahora?

Jeanine no pudo evitar sonrojarse. Molesta, increpó:

—¡Eres un engreído vanidoso!

—¿Ahora viene la bofetada? Te advierto que si me pegas me veré obligado a besarte. Un hombre como yo no puede hacer menos.

—Tenía deseos de abofetearte, pero ahora me aguanto.

—Está bien. Que tú cortes tu parte en la representación no quiere decir que yo me sienta forzado a cortar la mía.

Ella quiso retroceder, mas la mano de Roger la asió por la cintura. La estrechó suavemente pese a su resistencia y cuando la tuvo cerca, preguntó:

—¿Cuántos novios has tenido?

—Ninguno.

—No me digas que con esos ojos tan lindos, esos labios tan dulces, la naricilla tan altiva y los cabellos tan abundantes, amén de todo lo demás, no has tenido quien te haga de moscón.

—Sí, he conocido a muchos tontos como tú pero yo no soy lo que tú estás pensando, de modo que suéltame.

—Si te suelto, ¿qué me darás a cambio?

—Pareces un niño.

—Todos los hombres somos niños grandes, pero aún no me has dicho qué me darás si te suelto.

—Algo que te gustará mucho.

—Está bien —y la soltó.

En un abrir y cerrar de ojos, Roger B. Stacy se llevó la bofetada más limpia y seca que recibiera a lo largo de su vida, que por cierto había sido bastante movida.

—¡Diablos!

—Ahora, si no tienes nada más que decirme, haz el favor de marcharte. Tengo mucho trabajo por hacer y he de entregarlo. Supongo que sólo has venido a preguntar por Arthur, ya que te considero lo suficientemente caballero todavía como para pensar que no venías a hacer una conquista fácil. Para eso está el Follies y otros lugares semejantes. Sólo te costará unos francos que tú debes ganar fácilmente a juzgar por el modo en que vistes.

Roger suspiró. Tenía aún las marcas de los dedos femeninos en su rostro, mas no se tocó la mejilla.

Sacó del bolsillo un papel y dijo:

—La verdad es que venía a preguntar por Arthur, a verte a ti y a entregarte esto.

Jeanine tomó el papel y lo leyó.

—Ya, la factura de la reparación del auto.

—Sí.

—Sube mucho. Ahora no tenemos dinero para pagarte.

—No me gusta la expresión «no tenemos». La verdad es que tú no me has estropeado el coche.

—Pero Arthur es mi hermano.

—Sí, por ello debes cuidarlo mejor, ya que tú eres más juiciosa que él. Guárdate esa factura.

—Descuida, te entregaré el dinero cuando Arthur lo haya ganado.

—No es mi intención cobrártelo, sino que tú se lo hagas sudar trabajando, que se acostumbre a ganarlo. Luego haz lo que quieras con él. Ni por un momento he pensado en cobrar esa factura. Buenas noches.

Roger se dirigió a la puerta pero ella corrió cortándole el paso.

Apoyó su espalda en la hoja de madera y alzó el rostro para cruzar su mirada azulada con la del hombre.

—Espera, creo que no me he portado muy bien contigo.
Los labios femeninos se alzaron para besar la boca masculina.

CAPÍTULO VI

El sepulturero de Montrouge giraba su ronda con la linterna apagada, cara de abúlico y paso cansino.

A él no le daban miedo los muertos, las lápidas, cruces blancas o figuras de piedra en tamaño natural Quizá no le inspiraba temor porque apenas abría los ojos para ver, siempre andaba algo dormido.

—Buenas noches.

—¿Eh?

El guarda del cementerio alzó su rostro hacia quien acababa de saludarle. Una cosa era no tener miedo a los muertos y la otra que se apareciera uno de repente.

Nervioso, enfocó el rostro del recién llegado con la linterna que empuñó.

—No tema, no he salido de ninguna tumba.

—¿Qué hace usted dentro del cementerio a estas horas? Ya está cerrado, y si mi memoria no falla, yo he dejado la puerta bien cerrada con llave.

—Una puerta con cerradura tan mala y vieja no es obstáculo ni para los niños. Además, yo tenía deseos de encontrarle a usted.

—¿A mí, para qué? ¿Tiene algún deudo enterrado en este cementerio?

—Es posible.

—¿No está seguro? ¿Quiere que miremos en el registro?

—Si me hace ese favor.

—Pues vayamos a ver el registro. Debería estar dentro de un archivo, cerrado con llave, pero como enriscan a tan poca gente aquí últimamente, no se toman tantas precauciones. Hace tiempo que se llenó, sólo algunas tumbas desocupadas pueden venderse. El terreno va tan escaso en la ciudad de los muertos como en la de los vivos. La vida y la muerte están disputadísimas —comentó

filosóficamente el guarda, mientras ambos se dirigían a la administración del recinto.

—Supongo que costará caro.

—Un poco. Hay mucha gente todavía que prefiere los cementerios pequeños y tranquilos para enterrar a sus familiares y no ese condenado horno crematorio de Pere Lachaise. Aquí vienen y plantan rosales, tulipanes y yo qué sé cuántas llores. Queda más bonito y a mí me dan buenas propinas cuando ayudo en algo —le miró de reojo—. Francamente le diré qué cada mañana le llevo un buen ramo de flores para la parienta, le gustan mucho. Ella dice a sus vecinas que se las compro, pero, todo el mundo sabe de dónde salen. Así es la vida. Trabaja en un cementerio y olerás a cadáver aunque te laves a cada momento.

Roger comprobó en la oficina la entrada legal de Maurice Faben en el camposanto.

—¿Todo está bien?

—Sí, correcto, sólo que quería preguntarle algo.

—Diga y yo responderé.

—Hace dos noches alguien le dio una buena propina para que se fuera al bar que hay en la esquina frente a la entrada principal del cementerio.

El vigilante carraspeó.

—No será usted un policía, ¿verdad?

—No, sólo un amigo del hombre que le dio la propina.

—Bueno, me dijo que quería estar a solas junto a la tumba de su hermano. Fue generoso con la propina y yo comprendí su dolor.

—Muy humano por su parte —comentó con sarcasmo.

—De veras le digo que si se hubiera tratado de un ladrón de cadáveres, le habría dado su merecido. Conozco a esa clase de individuos.

—¿Cómo era el hombre que le dio la propina?

—No sé, en estos momentos no recuerdo —repuso remolón.

Roger sacó unos billetes del bolsillo y se los pasó por delante de la nariz.

—¿Le despeja esto la memoria?

—Tendría más de cincuenta y menos de sesenta. Mediano, algo grueso y ojos redondos. Usaba sombrero y gabán.

—Muy bien, la descripción coincide.

El vigilante quiso atrapar los billetes, pero Roger se los escamoteó hábilmente.

—¡Eh, ellos me han despejado la memoria!

—Sí, pero todavía hay más preguntas.

—Yo no sé nada más de ese sujeto.

—Unas dos noches antes pasó por el cementerio otro tipo que también fue generoso con usted.

—Pues ahora que recuerdo, es verdad. No se lo diga a nadie, pero un sujeto me llevó al bar y cogí una borrachera que cuando desperté estaba el sol en lo alto y el vigilante de día se creía que me había muerto. Tuve un dolor de cabeza horrible.

—¿Ese hombre que le emborrachó cómo era?

—Ah, no se me olvidará nunca. Era joven, pero bebía, como un cosaco.

—Necesito algunos datos más. No es suficiente con saber que bebía mucho.

—Tenía el pelo corto y rizado, color paja, un diente partido y una cicatriz muy fea en la frente. De veras que no se me olvida ese tipo. Me hizo beber tanto ajeno, que luego la parienta me olió y se armó una bronca que fue sonada en el barrio, se lo juro, fue sonada.

—Ahora sí que se lo ha ganado.

—Magnífico, a eso le llamo ser generoso.

—¿Hay línea? —preguntó señalando el teléfono que había sobre una de las mesas.

—Sí. Yo siempre llamo a la parienta desde aquí.

Roger sacó un número de teléfono de su bolsillo y lo marcó en el aparato.

—¿Diga? —preguntó una voz femenina.

—Me llamo Roger, creo que nos hemos visto en la consulta del doctor Secase, pero todavía no sé tu nombre, encanto.

—Françoise —se apresuró a decir.

—Quería probar un poco de la medicina que me has recetado. ¿Podemos vemos mañana?

—Sí —asintió rápidamente.

—¿Dónde?

—Te espero en mi casa.

Casi atragantándose, le dio su dirección.

—Si apenas sabes besar, pequeño —se burló Monique.

Arthur enrojeció hasta las orejas. Se sentía como acorralado en el sofá de Monique.

—Yo he salido con chicas.

—Serían chicas muy chicas, ¿no? —se rió.

Arthur se sintió tan ridículo que quiso demostrar que era muy hombre, cuando no era más que un adolescente.

Abrazó a la mujer violentamente y quiso besarla en la boca, pero ella lo rechazó dándole un par de bofetadas que lo dejaron más frío que si hubiera pasado por el congelador del matadero municipal.

—A mí nadie me agarra como tú lo haces, muñeco. ¿Qué te has creído?

—Yo... —balbució cada vez más inseguro de aquella hembra, que no sólo se las sabía todas, sino que era todo un carácter.

—Te he dado un empleo en mi local para que trabajes, Gilbert y Jean ya te explicarán cómo. En cuanto a mí, harás siempre lo que yo diga, no lo que tú desees, ¿comprendido?

—Sí.

—Te irá mejor aquí conmigo que golpeando con el Moro, y te aseguro que ni aunque me lamieras las manos me agradecerías el que te haya librado de la paliza que quiere propinarte el Moro.

—Bueno, él es muy violento.

—Aún no me has dicho por qué quiere darte esa golpiza.

—¿No se lo ha contado él?

—No, sólo me ha dicho que tenía ganas de ponerse la mano encima, y tú sabes cómo las gasta ese bestia. Seguro que su padre no fue el que cree, sino algún tuareg.

—Sólo ha sido un mal entendido, pero no da tiempo a explicar nada.

—¿Cuestión de faldas?

—No, es que me cree un gallina.

—¿Y lo eres?

—No.

Ella volvió a reírse descaradamente. Cogió a Arthur por las orejas y lo acercó a su rostro. Lo besó como si fuera un muñeco de peluche al que quisiera mucho.

En aquel instante se abrió la puerta del saloncito-despacho, iluminado en rojo con luces indirectas.

Monique giró su rostro hacia la puerta, dispuesta a soltar una

imprecación por ser molestada, pero cambió ligeramente su rostro al reconocer al recién llegado.

—Hola, Sterling.

—Tú, ¿qué haces aquí?

Arthur tragó saliva. Se apresuró a levantarse del sofá y acercarse a la salida.

—Bueno, yo sólo quería saber lo que tengo que hacer.

—¿Qué es lo que tienes que hacer?

Monique puntualizó.

—Lo he empleado en el almacén.

Al pasar cerca de Jaferty, el joven Arthur se llevó un puñetazo que lo sacudió hacia atrás. Se llevó las manos a la parte afectada y cuando se las quitó estaban manchadas de sangre.

—Eres un bruto —recriminó Monique.

—Largo de aquí, muñeco, y que no vuelva a verte en esta salita o te acuerdas de mí para el resto de tus días.

Arthur se precipitó hacia la puerta sin replicar al golpe. Se sentía ridículo, humillado y dolorido por el puñetazo. Su paladar sabía a sangre.

—¡Arthur, ve con Gilbert y Jean, ellos te dirán cuál es tu trabajo!

Sterling H. Jaferty cerró la puerta y miró a la mujer malhumorado. Antes de abrir la boca se dirigió al mueble-bar y sacó una botella, sirviéndose él mismo. Bebió un trago y luego escupió lo que llevaba dentro.

—Eres una...

—Cállate, no sea cosa que me canse de soportar tus impertinencias.

—¿Es impertinencia decirte lo que eres? ¡No puedes pasar sin tener unos pantalones cerca, y cuanto más jóvenes, mejor!

—No seas senil y dime qué quieres.

—¡Debería marcarte la espalda con un látigo!

—Intenta levantarme la mano como lo has hecho sobre ese chiquillo y te juro que te mato. Hay muchos momentos en que una mujer como yo puede matar a un hombre como tú —se dirigió al espejo tocador, retocando su maquillaje, y agregó—: Por ejemplo, mientras roncas como un puerco.

Jaferty bebió otro trago de *brandy* como si el licor le sirviera

para engullir las imprecaciones e insultos que se agolpaban en su garganta.

—Será mejor que no discutamos. ¿Qué te ha preguntado el americano?

—Ah, el americano. Un tipo muy varonil.

—No sigas por ese camino, tengo un límite.

—Está bien, está bien, no te sulfures. Me parece que el americano es un tipo más astuto de lo que crees.

—Sí, eso mismo opino yo.

—Me ha preguntado dónde podía esconder un cadáver.

—¿Y qué le has contestado?

—Que no tengo tan mal gusto.

—Veremos si es capaz de cumplir su parte en este juego macabro.

—Yo creo que sí. Por cierto, las cosas no van muy bien en el almacén.

—¿Qué sucede?

—Parece que un tipo se ha dado cuenta de que el LSD no era puro tal como él lo había pagado.

—¿Qué ha ocurrido?

—El Moro se ha encargado de él. Lo de siempre, una buena paliza para que se olvide de lo que pasa aquí.

—Es lo que merecen esa clase de entrometidos.

—Sí, pero empezarán a sospechar y el asunto se pondrá feo.

—No te preocupes, Monique, no tardarás en tener el depósito de LSD más importante del mundo.

—Es muy fácil hacer promesas.

—Cuando yo las hago, las cumplo. Deja a los chiquillos tranquilos y todo irá mejor. Por cierto, he traído algo para ti.

—¿Algo? ¿Qué es?

El hombre sacó de su bolsillo algo redondo envuelto en un papel y se lo tendió a la mujer, que lo destapó rápidamente.

—¡Es precioso!

Ante sus ojos apareció un sol de oro macizo, con esmeraldas incrustadas y valor arqueológico.

—Se estila mucho ahora llevar esa clase de adornos circulares colgados de cadenas, pero éste es genuino incaico.

—¡Oh, querido, cuando te pones tan halagador me olvido de las

tonterías que siempre vienes haciendo! Has de disculpar que sea un poco ardiente. Lo llevo en la sangre y eso lo sabes tú mejor que nadie.

CAPÍTULO VII

El representante de la casa de seguros leyó las credenciales que le acababa de mostrar Roger. Se las devolvió pasándolas por encima de su mesa.

—Muy bien, señor Stacy. Es usted investigador privado de la WIP, parece que no hay duda alguna sobre ello. ¿En qué puedo servirle?

—Sólo deseo unos informes.

—¿Es un trabajo de rutina o representa a alguien en especial?

—A uno de sus asegurados.

—¿Puedo saber su nombre?

—Por supuesto. Es Sterling H. Jaferty.

—Ah, ya, es un nombre que no se me puede olvidar. Suscribió una póliza de seguro muy alta.

—Diez millones, ¿no?

—Sí, exactamente, y ellos han de abonar una prima anual bastante fuerte.

—¿Podría sacar su *dossier*?

—Sí, no veo inconveniente. Todo está en regla.

El empleado de la compañía sacó del archivo las pólizas e investigaciones médicas realizadas a los asegurados.

—Tienen una buena cantidad de datos —observó Roger.

—Sí, siempre que se extiende una póliza que tiene tanto valor nos aseguramos para que no surjan tropiezos posteriores. Por cierto, aún no me ha dicho si ha habido problemas entre Jaferty y Faben. Comprenderá que estamos muy interesados en lo que ocurra entre ambos socios.

—¿Conocen ustedes el tipo de negocios que unen a Maurice Faben y Sterling. H. Jaferty?

—Pues negocios de importación y exportación. Mercancías varias, digamos a lo que salga y de mejor beneficio, según nos

contaron. Ambos tienen múltiples contactos en todo el mundo y actúan según el negocio se presenta, por ello no puede especificarse demasiado sobre sus actividades mercantiles.

—¿No ha habido ningún problema con esta póliza desde que se suscribió?

—No, sólo un poco de intranquilidad al principio.

—¿Por qué?

—Una vez el consejo de administración de la compañía hubo aprobado la suscripción de la póliza, y en el momento de firmar sólo se presentó Sterling Jaferty.

—Pero aquí veo la firma de Maurice Faben también.

—Sí. Primero se presentó la esposa de Maurice Faben con Sterling H. Jaferty y ella firmó por poderes.

—¿Qué alegó por la ausencia de su marido?

—Que estaba en Argel. Con un telegrama cursado desde aquella nación, Faben le pidió que firmase en su lugar, que cuando regresara a París él ratificaría la firma.

—¿Y se hizo así?

—Sí. Siete días más tarde todo se reglamentó correctamente. Claro que la póliza de seguros no entraba en acción hasta después de haber pagado el primer recibo y verificarse todos los datos médicos. Como verá, ambos poseían úlcera de estómago.

—Es curioso.

—Sí, lo es, pero para la compañía mucho mejor. Si cualquiera de ellos moría por accidente, suicidio o asesinato, la póliza se anula tal como está especificado en las cláusulas.

—¿Y si muere de perforación de estómago?

El empleado de la compañía sonrió.

—Tampoco se pagaría nada. El seguro sólo cubre muerte por enfermedad. Por accidente, con una prima tan alta, el consejo de administración de la compañía no lo hubiera aceptado. Hay demasiada gente que mataría por diez millones de francos nuevos, ¿no cree usted?

—Sí, lo creo y opino que esta póliza es bastante irregular.

—Quizá la compañía aseguradora no lo habría aceptado, pero el consejo de administración contó con el empleado más riguroso, imparcial e insubordinado.

—¿Quién?

—La computadora electrónica. Preguntamos con los datos de que disponíamos, teniendo en cuenta que no podían fallecer por accidente, suicidio, asesinato ni por úlcera de estómago, en ambos casos muy avanzada. Nos dio mil probabilidades contra una y si a eso añadimos que pagan medio millón al año de prima cada uno, como póliza especial, pues ambos tienen una edad muy considerable, el posible pago en caso de fallecimiento de uno de los dos quedaría amortizado en diez años cuando pueden vivir veinte, lo que haría que la compañía ganara tranquilamente diez millones limpios.

—¿Siempre ateniéndose al mil por uno?

—Eso es.

—Un cálculo perfecto el realizado por la computadora, pero a veces los negocios seguros pueden ser los más ruinosos. La computadora no ha contado con algunas sorpresas.

—¿Como cuáles? —preguntó, escéptico, el empleado de la compañía.

—Un colapso cardíaco.

—Ambos poseen un corazón perfecto y le aseguro que ha sido controlado con una meticulosidad extremada, lo mismo que sus cerebros, riñones e hígados o pulmones. Incluso, se ha pensado en la sombra de cáncer, y ninguno de ellos posee el más leve lunar que pueda hacer pensar en él.

—De acuerdo, ustedes saben cuáles son sus problemas, pero yo no me fiaría totalmente de las computadoras. El ser humano es algo más complejo de lo que el mundo de la electrónica puede prever.

Roger B. Stacy buscaba a bordo del «Tiburón DS» al sujeto que se hacía llamar el Moro. Tenía muchos deseos de hablar con él.

Había hecho muchas preguntas y las últimas indicaciones decían que habían visto al Moro en un garaje próximo, cerca del, cual rodaba ya el «Citroen» conducido por el norteamericano.

Distinguió inmediatamente al Moro cuando éste salía del garaje a bordo de un coche pequeño, de dos puertas y bastante viejo.

Roger no pudo anticipársele debido al intenso tráfico, pero se colocó tras él y comenzó a seguirlo por el centro de París.

—Veremos adónde me llevas.

El Moro era un tipo astuto y por suspicaz descubrió que era seguido. Para escapar, pisó a fondo el acelerador, haciendo roncar

el motor del pequeño coche. Roger lo siguió, apretando a su vez el acelerador.

El Moro pronto se percató de que con el vehículo que llevaba no podría escapar a la persecución de que ora objeto. Dio unas vueltas por el centro de París, tratando de despistar al americano, sin conseguirlo pese a introducirse por pasos subterráneos y utilizar un *parking* sin detener el coche.

Salió de él a toda velocidad y se dirigió al Campo de Marte, abandonando el pequeño vehículo frente a la torre Eiffel.

Roger vio al Moro precipitarse sobre la taquilla de billetes de la torre. Aparcó el «Citroen» y dirigiéndose al auto del Moro observó a distancia que éste tomaba el ascensor. Tenía tiempo hasta tomar el otro.

Vació de aire una de las ruedas del vehículo del fugitivo, dejándola totalmente deshinchada. Luego se sacudió las manos y anduvo tranquilamente hacia la taquilla de la torre Eiffel.

Desde la balaustrada del primer piso el Moro le observaba furioso.

Roger tuvo buen cuidado de observar la escalerilla de descenso para no cruzarse con el Moro, pero éste, sin la compañía de los blousons-noir que capitaneaba, no osó enfrentársele.

Cuando llegó al primer piso, no vio al Moro por ninguna parte, pese a que controló la escalera de bajada e incluso que no se filtrara entre las personas que pasaban al interior del ascensor para bajar.

De pronto, al alzar su cabeza bruscamente, descubrió el rostro de su adversario tras una de las grandes, vigas. Estaba subiendo hacia lo alto de la torre.

Se dirigió a la escalera de ascenso y encontró cerrada la cancela que prohibía el paso a los visitantes.

Saltó por encima de la reja. Uno de los vigilantes, sorprendiéndole, gritó:

—¡Eh, *monsieur*, por ahí no se permite el paso!

Roger hizo caso omiso de la advertencia y corrió escaleras arriba. El Moro estaba ya como a una veintena de metros por encima de él.

Treparon al segundo piso, pero el vigilante había ya dado ya la voz de alarma e incluso él mismo ascendía por el pequeño ascensor exclusivo para que los empleados pudieran subir al despacho Eiffel

y a las antenas de radio y televisión.

El Moro se salió de la escalera y comenzó a trepar por las vigas directamente, quedando así fuera del alcance de quien pudiera subir por el ascensor.

«Me parece que esto va a ser un gran circo», pensó Roger, mirando por encima del vigamen.

París quedaba bajo sus pies. El Moro resultó bastante ágil y pasaba de una viga vertical a otra, caminando apresuradamente por las horizontales.

—¡Moro, no vas a escapar...!

El delincuente se detuvo jadeando, agarrándose a una viga mientras el suelo semejaba bailar a sus pies.

—¿Qué quiere de mí, por qué me persigue?

—No te hagas el imbécil. Sabes que tienes que decirme muchas cosas.

—No debe tomárselo así, el pinchazo de unas ruedas no es para tanto. Le pagaré los neumáticos.

—Tú sabes bien que este asunto es algo más que unas simples ruedas.

—No lo entiendo.

—Sigues haciéndote el idiota, ¿eh?

Roger trató de acercársele y el Moro se retiró, pasando apuros, ya que la fatiga, el mareo y el fuerte viento que soplaba allá arriba se hacían cada vez más insoportables. Solo faltó la lluvia que comenzó a caer en aquellos instantes.

—Vamos, Moro, mira abajo. Está lleno de gente esperando que caigas. No serás tan imbécil de brindarles ese espectáculo, ¿verdad?

—Si se me acerca más, será usted quien vaya abajo —masculló sacando una navaja.

Apenas tres yardas de fuertes vigas les separaban. La lluvia empezó a empaparles y el acero del cuchillo brilló más al mojarse. El Moro estaba agresivo, asustado. Su cicatriz aparecía más fea que nunca.

—¿Quién te envió contra mí para que me pincharas con tus muchachos?

—Sólo fue una broma, ya se lo he dicho. Lárguese o esto acabará mal.

—Sí, hay mucha gente abajo y arriba que está pensando lo

mismo.

Las palabras de Roger eran ciertas. En lo alto, dos guardas de la torre les vigilaban, y gritaban, mas sus voces se diluían en el viento, envueltas en la lluvia que más que caer vertical sobre sus cabezas azotaba sus rostros.

—Moro, ¿dónde está escondido el cadáver?

—¿Qué cadáver?

—¿No te dice nada Maurice Faben?

El delincuente pasó con dificultades a otra viga, caminando sobre la horizontal ahora resbaladiza por el agua.

—No sé nada, se está jugando la vida.

—Estás acorralado, Moro, sabes que no saldrás de ésta. Habla antes.

Roger se adelantó hacia él, exponiéndose al quedar sin sujeción y caminando sobre la resbaladiza viga.

El Moro lanzó la hoja de su cuchillo, empujándola con el puño. Rogers esquivó la puñalada.

En su difícil situación, Roger resbaló aferrándose a la viga. Su enemigo trató de rematar su obra y se soltó de la viga para empujarlo al vacío. Su pie, al caminar sobre mojado y empujado su cuerpo por el viento, resbaló.

Roger extendió su mano para salvar al hombre que había tratado de asesinarle y sólo consiguió agarrar la manga de su chaqueta.

El género de confección debió ser de mala calidad, pues la manga quedó desmontada del hombro y el Moro se precipitó al vacío ante el gesto de disgusto de Roger B. Stacy y el espanto de la gente que quedaba abajo, que vieron cómo un hombre se aplastaba contra el duro cemento, a los pies del gran gigante de hierro que había visto morir a tantos bajo sus cuatro patas. La lluvia seguía cayendo, abajo sin tanto viento. El suelo del Campo de Marte se hacía cada vez más brillante.

CAPÍTULO VIII

—Vamos, sargento Stacy, cuénteme otra vez esa historia.

Roger aspiró el humo, impasible, mientras miraba al inspector Glemare, de la PJ parisina.

Se dijo que aquel hombre grueso, con bigote, algo zambo, parecía un buen tipo, sólo que su paciencia no debería tener un vaso muy grande y se colmaría enseguida.

—Ya se lo he dicho, inspector. Ese tipo era un gamberro.

—Eso ya lo sé. Estaba fichado y ha cometido multitud de pequeños delitos, pero hasta ahora no se había metido en ningún lío gordo que pudiera costarle la vida.

—Aunque no existan pruebas, sí podía estar metido en algún lío gordo.

—No se quiera pasar de listo, sargento.

La puerta del despacho policial se abrió. A la espalda de Roger, la figura de un militar quedó en el umbral.

—Adelante, coronel Palmer. Le estábamos esperando.

El coronel Palmer, agregado militar de la embajada norteamericana en París, y encargado de resolver los problemas que surgieran con los soldados del tío Sam, frunció su nariz.

El bigote blanco pareció duplicar de tamaño. Su mirada aguileña taladró a Roger.

—¿Usted es el sargento Stacy?

—A sus órdenes, mi coronel.

—Póngase en pie ante un superior —casi rugió Palmer, ante la sonrisa que el comisario trataba de contener.

Con gesto indolente, Stacy se puso en pie, excusándose:

—Creí que el ir de paisano y estando de permiso me libraba de esas obligaciones intrínsecamente castrenses.

—Sargento Stacy, aunque esté de permiso es usted un soldado de Estados Unidos —miró al inspector y pidió—. ¿Tiene la ficha?

—Sí, aquí está.

Tomó la cartulina que le tendía el inspector Clamare mientras taladraba a Stacy con su mirada.

—Bien, usted pertenece a los «Boinas Verdes». Destinado como instructor a la OTAN, condecorado por méritos de guerra...

—Coronel, va a avergonzarme...

—No me haga reír, sargento Stacy. A los pillos como usted los conozco. Son los mejores soldados en la guerra, pero también los más liosos en la paz. Se creen que el mundo es suyo.

—Le aseguro que no me he comido el pan de niños huérfanos.

—Sí.

—Déjese de chistes —miró al inspector—. ¿De qué se le acusa?

—De nada.

—¿No hay cargos contra mí? —inquirió con sarcasmo el propio Roger.

—En absoluto —ratificó el inspector Glemare.

—Su foto, sargento Stacy, va a salir en todos los periódicos. Se ha comentado en la radio y la televisión su odisea subido a lo alto de la torre Eiffel como un vulgar antropoide.

—Gracias, coronel.

—¿Por qué gracias?

—Por llamarme mico con cierta elegancia. Me ha sonado bien eso de antropoide.

—¿Es que se toma a guasa mis palabras?

—No, mi coronel. Voy de paisano, pero no me olvido que aún me queda un año de milicia.

El coronel Palmer lanzó un bufido. Parecía molesto, pero en el fondo, a Roger le pareció que estaba representando una comedia, que se sentía orgulloso de su joven compatriota, ya que en todas partes se comentaba que el hombre que había caído de la torre Eiffel era un delincuente común apodado el Moro.

Se habían tomado fotografías con teleobjetivo, incluso del momento en que el francés se precipitaba al vacío y Roger lo agarraba por la manga, quedando el pedazo de ésta en su mano.

—¿Ha explicado a la policía francesa por qué perseguía a ese delincuente arriesgando su vida?

—Sí, mi coronel. El sujeto pinchó con su navaja las cuatro ruedas de mi automóvil la otra noche.

—¿Es cierto eso? —preguntó Palmer al inspector de policía.

—El taller de reparaciones ha ratificado sus palabras.

—Está bien, sargento, prosiga.

—Hoy lo he reconocido en la calle, lo he seguido y él ha huido de mí. Hemos terminado en lo alto de la torre Eiffel. Sólo la desgracia ha hecho que se precipitara al vacío. Lo siento, porque hasta el último instante he intentado salvarlo.

—Bien, sargento Stacy, espero que no se vuelva a meter en líos. ¿Cuándo vuelve a Estados Unidos?

—¿Quién le ha dicho que yo vaya a Estados Unidos, mi coronel? Palmer carraspeó.

—Es lógico, ¿no? Si tiene un mes de permiso antes de reincorporarse a su nuevo destino...

—Prefiero pasar todo ese tiempo en París.

—¿Por qué en París?

—Me gustan las chicas.

—Y su escasez de ropa también, ¿no?

—Coronel, supongo que usted un día fue joven también y actualmente tampoco creo que pidiera su traslado a Alaska.

El coronel Palmer resopló.

—Está bien, sargento Stacy, pase su tiempo donde quiera, pero si se mete en algún lío, me encargaré de que lo pongan en un avión y lo envíen a su casa.

—Gracias, coronel, no esperaba menos de usted.

—No se olvide, sargento, de que debe dar gracias a Dios porque en este lío no se le haya hecho ninguna acusación.

—Y tampoco debe olvidar el departamento de publicidad de la embajada que me he convertido en un hombre popular en París, y no he quedado precisamente mal. «Abur», mi coronel.

Iba ya a salir por la puerta, cuando le contuvo la voz bronca del agregado militar.

—Aguarde, Stacy.

—¿Decía, señor?

—Cuando vuelva a meterse en otro lío, telefonee inmediatamente a la Embajada y pregunte por mí. Soy algo así como el ángel tutelar de los soldaditos descarriados.

—No lo olvidaré, coronel.

Roger abandonó el despacho del inspector Glemare. Éste,

tomando el expediente que le devolvía el coronel, comentó:

—Menos mal que no ha habido pleito. A la gente, en Francia, no le gustan los problemas causados por ustedes, los soldados del tío Sam.

—Ni a nosotros nos agradan los pleitos con ustedes, inspector. Ha de convenir que el sargento Stacy es un buen elemento. La muerte de ese tal Moro ha sido una desgracia simplemente.

—Sí, y la sociedad francesa no ha perdido con su muerte, más bien diría que se ha beneficiado. De ese tipo se sospechaban muchas cosas. Su padre fue un terrorista y él, ya de pequeño, era capaz de montar una carga de plástico de diez kilos y hacer volar una oficina o una Embajada.

—¿Un terrorista político?

—Hoy en día, a lo que saliera. Sólo trabajaba por dinero y creo que disfrutaba haciendo daño, de lo contrario no se comprende que pinchara cuatro ruedas de un automóvil.

—De esta clase de individuos existen en todos los países.

—Sin embargo, coronel, me temo que su sargento Stacy se guarda algunas cartas dentro de la manga.

—¿Qué quiere decir?

—Stacy es un sabueso nato. Joven, a la moderna, pero un sabueso.

—No lo entiendo. El sargento Stacy ha venido ahora del sudeste asiático y tiene un mes de permiso.

—Sí, todo eso lo sé, pero al entrar en la comisaría, en colega mío de la Interpol le ha reconocido...

—¿Qué insinúa?

Palmer había fruncido el ceño, preocupado.

—Que Stacy es un investigador privado perteneciente a la WIP, una red de investigadores privados que opera en todo el mundo y que por cierto está en muy buenas relaciones con las policías de la mayor parte de los países.

—Pero ahora está en la milicia. Durante el tiempo que sirva a su bandera como paracaidista no puede servir a los intereses de una empresa particular.

El inspector Glemare, de vuelta de muchas cosas, sonrió.

—¿Olvida que tiene un mes de permiso?

—No, pero...

—No creo que el sueldo de sargento le dé para mucho y esa clase de investigadores privados se aficiona a gastar, ya que suelen ser sus clientes quienes pagan todos sus extras.

—¿Quiere decir que se ha metido en algún lío sucio para ganar dinero y poder divertirse durante este mes?

—No. Más bien diría que ha aceptado algún caso particular para incrementar sus ganancias en estos días que tiene libres. De paso que gana algún dinero, se desentumece como investigador. Un sabueso nato como él necesita estar siempre averiguando algo y es muy posible que ahora esté tratando de solucionar algún caso.

—¿Me advierte de que el sargento Stacy se meterá en más líos?

—Exactamente.

—En ese caso, más vale prevenir que curar. Cursaré órdenes para que sea enviado inmediatamente en algún avión para Estados Unidos.

—No, coronel, no haga esto.

—¿Por qué?

—Muy fácil. Si el sargento Stacy está averiguando algo, nos interesa mucho a nosotros conocer de qué se trata.

En aquel instante sonó el teléfono. Glemare lo descolgó y después de escuchar, preguntó:

—¿Han averiguado algo más sobre el Moro?

Tras una breve pausa, agregó:

—Gracias. Sigán investigando y con mucho disimulo, podrían descubrirles. Controlen a Stacy.

Se produjo un leve silencio y luego, Glemare soltó una imprecación.

—¡Maldita sea! Bueno, continúen averiguando sin que nadie pueda sospechar. No levanten el polvo que pueda asustar la caza — colgó.

—¿Qué ha ocurrido?

—Dos cosas, coronel.

—Escucho.

—La primera, que las últimas noticias sobre el Moro indican que andaba metido mucho por un club medio camuflado en el que se sospecha consumen drogas y hay perversión de menores.

—¿Una guarida de drogadictos?

—Algo así. Lo hacen con mucho disimulo, nunca se les ha

podido probar nada, pero siempre hemos albergado la esperanza de echarles el guante un día. Creo que la presencia del sargento Stacy está actuando como catalizador en esta reacción que puede resultar tan virulenta como echar un leopardo en una jaula de chacales.

—La situación se complica, pero algo he oído del sargento...

—Sí, había dado orden de que al salir de la oficina le siguieran, pero él se ha percatado inmediatamente y ha dado esquinazo a mis hombres. Es muy hábil su sargento, coronel, muy hábil.

CAPÍTULO IX

Se sintió observado a través de la minúscula mirilla, de la puerta. Aguardó breves instantes y la puerta se abrió, pero tras ella sólo había una total oscuridad.

—Pasa —le invitó la voz femenina.

Cuando apenas había dado un par de pasos hacia el interior del apartamento, sin haber visto aún a la mujer, la puerta se cerró dejándole completamente en tinieblas.

—¿A qué jugamos, a la casa encantada? —preguntó socarrón, pero acercándose hacia una de las paredes.

No le gustaban los golpes en la nuca y en situaciones semejantes era cuando solían menudear los incidentes desagradables.

De pronto, escuchó el conmutador da una luz al girar. Al mismo tiempo, sus ojos se llenaron de fotones.

El apartamento era pequeño. En la salita cómoda pero no lujosa, una puerta abierta de par en par daba a la única alcoba que tenía. Podía verse la cama, cubierta con colcha celeste, pero lo que más atrajo la atracción de Roger fue la fémina.

—¿Qué te sucede, mon amour, te has quedado sin habla?

Aquella pregunta había brotado de la bien redondeada enfermera del doctor Seoane.

La mujer se cubría, si es que a aquello se le podía llamar «cubrirse», con un deshabillé de gasa con prendas interiores negras.

La cabellera caía suelta y el retoque de uñas, ojos y labios era perfecto. Roger pensó que la chica debía haberse pasado por lo menos cuatro horas componiéndose para el gran momento de recibirle en su apartamento.

—Estás muy hermosa.

—¿Sólo eso, querido?

Ella avanzó moviendo sus caderas, como había visto tantas veces en muchas películas. Extendió sus brazos en horizontal hacia

Rogers, acabando por echársele al cuello.

El americano se dijo que besando a aquella hembra parisina no perdería nada y la complació.

—Todavía no sé tu nombre —le dijo cuando ella aún ronroneaba y mantenía los ojos cerrados.

—Ya te lo dije, querido, Françoise.

—Ah, perdona, se me había olvidado. Es que soy algo desmemoriado.

—Mientras no me llames por otro nombre, podré soportarlo.

Los labios femeninos buscaron nuevamente los de él. Roger la rehuyó, pero muy suavemente.

—No tan aprisa, no tan aprisa, que la noche va a ser larga.

—¿Quieres ver el sol a mi lado? —le preguntó ella sin soltarle el cuello.

—Pues, sí, sería bonito.

—Aquí no podrá ser.

—¿Por qué?

—Las ventanas dan a un patio interior.

—Vaya.

—Y huele muy mal. Siempre hay gente tirando basura.

—¿Y los de abajo qué dicen?

—Puercos a los de arriba.

—Nosotros quedamos en medio, ¿no?

—Algo así, pero yo nunca abro las ventanas.

—¿Y cómo respiras?

—Bueno, abro las ventanas cuando me voy y me paso todo el día fuera. Al regresar las cierro.

Roger la empujó suavemente hacia un sillón y la obligó a sentarse en él.

—¿Tienes algo de beber? Es para coger un poco de oxígeno, ¿sabes?

—No lo gastes todo, que me dejarás sin respiración a mí, claro que con tus besos ya tengo suficiente aliento.

—¿Y a todos los pacientes que pasan por la consulta de tu «doc» les recetas lo mismo?

—No, claro, tú eres distinto...

Roger cogió una botella que descubrió sobre un mueble y se sirvió una copa, sólo para él. Pensó que a ella no le hacía falta

beber más, olía a *whisky*. Seguramente se había estado preparando para aquel momento.

—Françoise, ¿te pide también recetas el doctor Seoane?

Ella rió.

—¿Te molestaría?

—Oh, no, claro que no. El mal gusto lo tendrías tú, no yo.

—A veces, no es el amor lo que prepara una cita.

—Relaciones públicas, ¿no lo llaman así ahora?

—El doctor Seoane no es mi tipo, pero paga bien.

—¿Al mes o a las citas?

—No seas tan mordaz, cariño, no soy lo que piensas. Sólo necesito amor como un diabético busca la miel.

—Pero al diabético la miel le sienta mal.

—Y a mí también el amor; bueno, a veces. Pero dile a un alcohólico que prescinda del licor o a un toxicómano de las drogas.

—A veces hay héroes que se regeneran.

—Yo no tengo madera de heroína.

—Pues ya ves, yo sí tengo madera de héroe.

—¿Y cuál es tu vicio?

—Decir chistes. A veces, me aguanto.

—¿Te burlas de mí?

—Oh, no, claro que no. Tú expones lo que piensas y yo también, sólo que somos distintos.

Ella elevó sus brazos y consiguió apresar las mejillas de él, mientras suspiraba:

—Oh, los americanos, mientras yo pienso en amar y que me amen, tú piensas en contar chistes. Siempre seréis unos niños.

—¿Has conocido a muchos compatriotas míos?

—No, tú eres el primero. Me habían contado que mascabais chicle en todo momento y veo que tú no tienes ese mal gusto.

Él se dejó coger las mejillas, pero buscó en las pupilas de aquella mujer a la que consideraba de lo más chifladita, pero avasalladoramente redondeada. Era como si un hambriento se hallara de pronto sumergido en una montaña de melones, albaricoques y toda clase de frutas, pero Roger sabía resistir bien aunque su estómago estuviera vacío.

—Y a Sterling H. Jaferty ¿no lo has conocido?

—No, no sé quién es ese hombre. ¿Americano o inglés?

—Americano.

Ella negó con la cabeza.

—Pues no, no recuerdo haberlo oído nombrar nunca.

—Pero es posible que tu «doc» sí.

—Yo no conozco a todas las personas que visitan al doctor Seoane.

—¿Por qué? ¿Acaso tiene otro consultorio?

—A veces realiza unas visitas muy particulares y naturalmente, cada día va a la Clínica Urano.

—¿Urano? Yo he oído ese nombre en alguna parte.

—Es una clínica seria y trabaja para algunas empresas aseguradoras. En realidad, es un centro de análisis y diagnósticos. Las empresas aseguradoras envían allá a quienes van a inscribir sus pólizas.

—Ya, y el doctor Seoane es uno de los que reconocen a los suscriptores. Esto es muy interesante, pero que muy interesante.

—¿El qué te parece interesante? ¿Has venido aquí a verme a mí o a hablar del doctor Seoane? —preguntó con un mohín de disgusto.

—Verás, contigo estaré tranquilo luego, pero ahora tengo lagunas en mi cerebro.

—¿Lagunas en tu cerebro? Cada vez te entiendo menos.

—¿Tiene el doctor Seoane algún archivo en su despacho-consultorio?

—Sí, dos. Uno está accesible y el otro, sólo él tiene la llave.

—¿Tú no lo has visto ninguna vez?

—No. Es muy susceptible al respecto y yo no quiero perder mi empleo.

—Supongo que tienes una llave del consultorio, por si acaso llegas antes que el «doc» y le preparas la consulta.

—Bueno, eso sí.

—Vamos, échate algo encima y visitemos ese consultorio.

—¿Estás loco? ¿Para qué tenemos que ir allí?

—Para tomarme la presión de la sangre. Me temo que a tu lado me sube excesivamente.

—No me lées.

—Si no te lío, sólo deseo que me tomes la presión, el pulso y quizá hasta el

tic-tac

del corazón.

—Eso me parece una soberana tontería —insistió entre sorprendida y molesta.

—¿Una tontería? Pero, Françoise, si las mayores diversiones son las más grandes tonterías. Luego, cuando recuerdes esta noche tan agitada, verás cómo te ríes de ella.

Roger le quitó la bata de gasa rosada y le echó un abrigo de verano encima, empujándola luego hacia el exterior.

—¡No, esto no puede ser, el doctor se molestará!

—No se dará cuenta. Además, yo necesito mucho aire cuando estoy junto a una chica tan hermosa como tú, si no me asfixio. Ya sabes, me he criado en las altas Montañas Rocosas y en cambio en este apartamento tuyo hay muy poco aire. En el consultorio estaré mejor.

Françoise no pudo resistir a la impetuosa fuerza de Roger B. Stacy que la llevó a la calle. Ella se apresuró a abrochar su abrigo.

En el «Citroen DS» arribaron a la consulta del doctor Seoane.

Françoise introdujo nerviosa el llavín en la cerradura.

—Esto no me gusta nada, pero... ¡sí la puerta está abierta!

Roger esbozó un gesto de disgusto y preocupación.

—Me temo que hemos llegado tarde.

—¿Tarde? Pero... ¿qué pasa aquí?

—Pronto lo sabremos.

Françoise, que conocía bien el lugar, dio al interruptor de la luz. Pasaron a la sala de espera que aparecía fría, desolada.

—Aquí no hay nada ni nadie.

—Sí. Pero mejor será que miremos dentro.

—¿Habrà algún ladrón? —preguntó la joven asustada.

Al abrir la puerta del consultorio vieron que dentro del mismo, la lámpara de la mesa-escritorio estaba encendida.

Roger tuvo que tapar inmediatamente la boca de la parisina para que no lanzara un solo de agudo capaz de hacer temblar los cimientos de la ópera de París.

—Sí, es el «doc», pero no grites, monada.

Françoise no emitió ningún sonido. Cuando Roger la soltó, se dejó caer sobre una de las butacas como si acabaran de inyectarle

una droga paralizadora.

El médico no vestía su bata blanca, sino un traje oscuro. Sentado en su sillón, tenía el cuerpo derrumbado sobre la mesa como si durmiera, pero a simple vista podía observarse que no era una siestecita precisamente lo que estaba haciendo.

Cuidadosamente, Roger levantó el cuerpo y vio el bisturí que se hundía en su tórax, a la altura del corazón. Un arma muy afilada y penetrante.

—Sí, no ha tenido mucha suerte con el bisturí. Creo que ni Barnard lo hubiera salvado.

—Dios mío, ¿cómo habrá sido?

Roger miró la máquina de escribir que tenía en la misma mesa. En el carro había una hoja con algunas líneas mecanografiadas.

—Aquí parece que hay una confesión.

—¿Se ha suicidado?

—Espera, veremos qué dice. —Alzó con cuidado la hoja para no dejar sus huellas digitales y leyó—: Yo, etc, etc, tomo esta decisión por mi propia voluntad y no deseo que se culpe a nadie de mi muerte, etc... etc.

—¿Qué dice ese etcétera?

—Nada importante, en términos jurídicos que quien ha asesinado al «doc» lo conocía muy bien.

—Pero ¿no dices que se ha suicidado?

—Esto de la cartita es un truquillo bastante sobado. No se lo va a tragar ningún inspector de la PJ. Ahora, veamos donde está el archivo secreto.

—Yo no tengo la llave.

—No te preocupes, yo me encargaré de ello.

Françoise, muerta de miedo, apretando alrededor de su cuerpo el abrigo, señaló el archivo al que ella no tenía acceso.

—Éste es.

Roger tiró del cajón que cedió sin ningún esfuerzo por su parte.

—Al parecer está abierto.

—Qué raro, siempre lo tiene cerrado.

—Yo diría que alguien se ha apresurado a abrirlo. Rebuscó dentro de las carpetas.

—¿Qué buscas?

—El nombre de Sterling H. Jaferty.

—¿Y no lo encuentras?

—No.

—A lo mejor no era paciente del doctor Seoane.

—Es que tampoco hallo la ficha de Maurice Faber.

—Esa ficha debe estar en el otro archivo.

—Dámela.

Françoise buscó, pero todo fue inútil.

—Esto es muy raro.

—Sí. Aquí ocurren cosas muy extrañas. Oye, encanto, descríbeme a Maurice Faben.

—¿El muerto?

—¿Tú lo viste cadáver?

—No. El doctor Seoane fue solo a diagnosticar su muerte.

—Pero trataría de curarle la septicemia, ¿no?

—Sí, pero dijo que ya todo era inútil. El ataque de la enfermedad había sido demasiado inesperado, rápido y virulento.

—Descríbeme a Maurice Faben.

—Pues, un cincuentón de mediana estatura, ojos redondos, algo grueso.

—Me basta. Ahora te quedas aquí.

—¿Con el muerto?

—Sí.

—¿Y tú te marchas?

—Sí.

—¡No, yo no me quedo aquí sola! A lo peor vuelve el asesino y me opera el corazón a mí también.

—No te preocupes, encanto. Cuando venga el asesino te quitas el abrigo y en vez de un asesino tendrás a un perrito faldero lamiéndote la piel. Ah, y que no se te olvide telefonar a la PJ. Sé buena chica y no dejes demasiadas huellas, no te vayan a confundirte con el homicida —le recomendó ya desde lejos ante el espanto de Françoise que quedó sola en el consultorio, junto al cadáver del doctor Seoane.

CAPÍTULO X

—Eh, sargento, eso que se lleva usted del avión es material del ejército —le advirtió un soldado de los «Boinas Verdes».

—No, eso son unos recuerdos míos de los guerrilleros enemigos.

—Pero ¿sabía alguien que los tenía?

—No, ya te digo, son recuerdos de guerra y deja de hacerme preguntas, sólo quiero ver qué tal funcionan.

—Me temo que voy a volverlo a ver en un calabozo militar.

—Bah, cierra el pico —refunfuñó al soldado que había estado con él en el sudeste asiático.

Con el paquete que se había preparado, cruzó el aeropuerto. Anduvo algo más de dos millas hasta encontrar lo que buscaba.

—Ahí está el helicóptero.

Dentro de la cabina, el piloto estaba medio adormilado. Al verle exclamó:

—Uf, creí que ya no venía. Me estaba durmiendo. Si tarda un poco más me voy a la ciudad.

—Tenía que recoger algunas cosas y ahora te vas a la ciudad, pero conmigo. Volando para arriba.

El aparato de alquiler se puso en marcha, elevándose sobre el campo de aviación. Se dirigió hacia la Ciudad Luz.

Roger desplegó un plano de tipo turístico en el cual había hecho una marca. En aquellos instantes estaba operando como le enseñaran a hacerlo en las guerrillas.

La ciudad escucharía el motor del helicóptero, mas no era fácil verlo en la noche.

—Hemos de ir hasta esta señal. Luego, cuando estemos encima, ya bajarás lo suficiente.

—Me estoy jugando el permiso de piloto de helicópteros —se lamentó el conductor.

—Vamos, no lloriquees, que te pago bien.

Mientras buscaban la zona adecuada, guiándose por las grandes arterias de París y el plateado Sena sobre el que se reverberaba la luna, Roger tenía buen cuidado de no perder el abultado paquete que se había llevado consigo.

—Ése es el edificio. Apaga las luces.

—Si se dan cuenta de que apago las luces me expulsan del cuerpo de pilotos.

—No digas tonterías, sólo serán unos segundos. Cuando te eleves sin mí, vuelves a encenderlas y te largas.

El piloto, pese a poner cara de disgusto, obedeció y la libélula mecánica descendió. Roger le puso unos billetes en el bolsillo para que no se molestara en quitar las manos de los mandos.

—Buena suerte.

El aparato no llegó a rozar la azotea con sus esquís.

Roger saltó e inmediatamente el helicóptero se elevó desapareciendo en el firmamento oscuro.

Estaba seguro de que nadie le había visto. Buscó en la azotea del edificio comercial, no tardando en hallar un tubo de extracción de aire.

Por el olor que despedía el aire, podía estar seguro de que pertenecía al extractor. Se dio prisa en buscar el aspirador y renovador.

—Aquí está —se dijo al llegar al otro extremo del terrado y encontrar un tubo semejante al anterior, pero que aspiraba el aire. Acto seguido, deshizo el paquete que se había traído.

Tres bombas de fabricación china, con gases lacrimógenos y un abultado paquete de negro humo, también llamado carbón animal, quedaron en sus manos.

—La fiesta de esta noche van a recordarla durante mucho tiempo.

Se sonrió y con la pericia de un hábil técnico en mecanismos bélicos, disparó la bomba manteniéndola cogida en su mano para verter todo el gas lacrimógeno en el interior del tubo que lo aspiró con fuerza debido al ventilador.

Las otras dos bombas lacrimógenas siguieron el mismo camino. Roger se colocó la careta que llevaba consigo y vertió en el tubo todo el paquete de carbón animal.

Imaginó la que se estaría armando en el almacén de venta de

flores, propiedad de Monique.

Corrió a la puerta que daba a la azotea y se situó tras ella. Alguien no tardaría en salir y su suposición fue acertada, pues escuchó la llave girar dentro de la cerradura.

En el umbral de la puerta apareció Gilbert con los ojos lagrimeantes, tiznado de negro y con una pistola en la mano.

—Hola, amigo —saludó Roger con la careta puesta, lo que hizo que su voz sonara como la de un ser de otro planeta.

Al descubrir al hombre enmascarado, Gilbert le encañonó con su pistola, mas no llegó a disparar. Recibió un par de golpes de karate por parte de Roger que lo dejaron tendido en el suelo, soñando con las chicas del Follies que quizá quedaban demasiado lejos del alcance de sus manos, a juzgar por el lagrimeo de sus ojos.

Le quitó el arma y bajó rápidamente por la escalera. En la misma sólo se oían gritos de chicas e imprecaciones en voz masculina.

Todos se cubrían los ojos llenos de lágrimas y tosían enmascarándose, precipitándose escaleras abajo, ya que el montacargas descendía repleto de gente tosiendo y manchados de carbón.

Dentro del local sonaba la música y los conos de luz seguían disparando sus haces de un lado a otro.

Roger se quitó la careta, escondiéndola bajo su chaqueta para filtrarse entre aquella gente, sólo que en vez de escapar como ellos penetró en el club donde ya casi no quedaba nadie.

Una vez dentro, buscó una de las luces indirectas que se apagaban y encendían tras una protección de cristal rojo.

Quitó la bombilla y tiró una moneda dentro del casquillo. Cuando el ordenador electrónico hizo pasar la corriente por aquel portalámparas, se apagaron todas las luces aumentando la confusión.

Roger, que hasta aquel momento había aguantado como había podido, se colocó la careta.

El ventilador tampoco funcionaría y el gas lacrimógeno se conservaría dentro de aquella guarida de drogadictos.

Siguió escuchando imprecaciones, la música había cesado. Tuvo varios encontronazos con hombres y mujeres que se dirigían a la salida, pero él continuó adelante, sabiendo muy bien que se estaba

jugando el cuello.

Recordó el corredor al que daba la habitación-salita de Monique.

Consiguió cruzar el local y adentrarse en el pasillo. Buscó en las puertas y al hallarlas abiertas no le interesaron. Sólo se concentró en una que estaba cerrada.

De pronto, escuchó un ruido inconfundible seguido de una nueva imprecación.

—Alguien está arreglando los plomos, pero mientras la moneda esté dentro del portalámparas, les va a ser difícil conseguirlo.

Hurgó con una ganzúa, pues aquella noche iba bien preparado, y logró franquear la puerta. Quedó en una estancia un tanto fría que olía a humedad.

Tanteó y se dio cuenta de que había muchas cajas de botellas, vacías las unas y llenas las otras.

Le pareció que era como buscar una aguja en un pajar, pero con los datos que ya poseía, sus deducciones no podían fallar. Era como un crucigrama que acertadas las verticales, las horizontales salían por sí solas.

Tanteó una caja de madera grande, demasiado grande para contener bebidas. Sacó la linterna y la enfocó recorriéndola. No tenía una puerta, estaba toda ella claveteada.

—Creo que he encontrado algo.

Buscó una parpalina, algo que le sirviera y encontró una esarpa. Comenzó a levantar con ella la tapa de madera.

Cuando consiguió levantar la tapa, descubrió algo siniestro y que pudo identificar mejor enfocándolo con la linterna.

Un cadáver se hallaba dentro de una gran bolsa de plástico para que el hedor no llamara la atención.

Le enfocó el rostro y no pudo por menos de pensar:

«Diablos, si es su vivo retrato».

En aquel instante se encendió la luz y en el umbral de la puerta aparecieron dos hombres y una mujer.

—Quítese la careta o lo acribillamos a balazos —ordenó Sterling H. Jaferty.

Roger vio sus ojos llorosos. Monique no lucía tan hermosa como el primer día que la viera y Jean apenas podía contener su fuerte tos.

Mas, por lo visto, los ventiladores habían funcionado bien y

estaban renovando el aire. Lo que le molestó es que hubieran descubierto tan pronto la avería.

Roger se quitó la careta y Jaferty primero esbozó un gesto de disgusto y luego sonrió.

—Debí suponer que todo este barullo lo había armado usted.

—¿Le ha parecido mucho o poco ruido?

—¿Ha sido él quien nos ha hinchado los ojos y llenado los pulmones de no sé qué materia negra que nos ha tizado todas las caras y llenado las narices? —farfulló Monique desencajada por el disgusto.

—Y todos los clientes que han salido huyendo, no volverán por esta noche —agregó Jean—. Se habrán creído que estábamos otra vez en la segunda guerra mundial, con los nazis encima.

—¿Ha visto por casualidad a un tipo llamado Gilbert? —preguntó Jaferty.

—Si se refiere a su vigilante que se ha quedado durmiendo arriba en la azotea, sí lo he visto.

—Y claro, ha sido usted quien lo ha hecho dormir.

—Sí. Quería darme una píldora de plomo.

—¡Mátalo! —ordenó Monique brillándole los ojos de un modo homicida.

Jean sacó una pistola automática con la cual apuntó a Roger B. Stacy, acariciando el gatillo con su índice.

CAPÍTULO XI

—Espera, Jean, primero tenemos que hablar —ordenó Jaferty.

—¿Por qué perder el tiempo? —preguntó Monique.

—Porque tu esposo desea atar todos los cabos.

—¿Mi marido?

Monique miró a Sterling interrogante.

—Es un tipo listo, Monique, ya te lo dije. Lo ha averiguado todo y es mala cosa para nosotros.

—Pero ¿cómo ha sabido que tú eres Maurice Faben?

—No me ha resultado demasiado difícil averiguarlo, pero quería estar seguro.

—Yo le conocía a usted, Stacy. En América, antes de montar el negocio de Monique de venta de LSD, fui un actor algo fracasado, pero gané bastante dinero actuando como contacto con los estupefacientes entre las estrellas del mundo del cine y del teatro. La cosa se puso difícil y me dije que tenía que montar mi propio negocio.

Roger sonrió.

—Confieso que en el primer instante me confundió con su inglés americanizado. No lo relacioné con un francés, porque usted es francés de origen, ¿verdad?

—Sí, eso es, yo soy Maurice Faben.

—Y Sterling H. Jaferty sólo es un nombre en el vacío. ¿Le costó muy cara la documentación falsificada en el mundillo del hampa?

—Esas cosas no son muy caras cuando la policía no le persigue a uno. Si los falsificadores se enteran de que pueden chantajearte lo hacen, pero como a mí no me perseguía nadie, pagué lo justito y me hicieron un buen trabajo.

—¿Le costó mucho montar todo este negocio de los diez millones de francos?

—Tendrá que admitir que está bien pensado.

—No tanto.

—¿Cómo? —Se ofendió—. ¿Quién va a descubrirlo?

—La compañía de seguros.

—Cuidado, Maurice —advirtió Monique—. Quiere prepararte una treta. Mátaelo y acabemos de una vez.

—¿Cómo liquidaron al doctor Seoane?

—Ah, ¿ya lo ha descubierto?

—Sí. Buscaba sus fichas médicas para la compañía de seguros.

—Pues ya ve, me adelanté.

—Sí, pero el suicidio del doctor Seoane no se lo va a tragar nadie. Ha sido bastante burdo.

—No tenía tiempo para pensar algo mejor, fue sobre la marcha. La verdad es que no entraba en mis planes.

—Pues los trabajos realizados sobre la marcha suelen conducir a la silla eléctrica en mi país y aquí a la guillotina.

—No serás tú quien nos mande a la guillotina —masculló Jean que seguía encañonándolo con su automática.

—Faben, usted desea saberlo todo, ¿verdad?

—Sí, deseo conocer lo que ha averiguado. Para eso lo contraté en realidad.

—Yo también quiero aclarar algunos puntos antes de que me envíen al infierno.

—Magnífico, así ya nos entendemos mejor.

—Usted adoptó las dos personalidades y firmó la póliza ayudado por Monique con una semana de diferencia.

—Sí, y la compañía aseguradora, pese a todas sus suspicacias, se tragó la píldora.

—Pero le costó un millón la primera prima, es decir, quinientos mil por parte del inexistente Jaferty y quinientos mil por usted.

—Era dar uno por diez que había de recibir. Nueve millones netos. El negocio era perfecto, ¿no cree?

—En teoría, sí, pero usted estaba inseguro. Por eso sacó el cadáver del ataúd y me contrató a mí.

—No soy ningún imbécil. Precisaba de un investigador bueno que tratara de averiguarlo todo sin ayuda.

—De este modo sabía por dónde el barco hacía agua cuando comenzara a investigar la compañía aseguradora.

—Es usted muy listo, Stacy, no me arrepiento de haberlo

contratado.

—Pero ¿qué estás diciendo? —se asombró Monique abriendo mucho sus ojos de gata.

—Tú calla, yo ya sé lo que hablo. Era necesario que un hombre de las cualidades de Stacy investigara, pero de un modo particular, sin estar unido a una empresa como la WIP. Ahora que estaba de permiso, la situación era óptima. Lo contraté tras hacer que el Moro y sus chicos sacaran el cadáver del cementerio. Había que darle un motivo para investigar.

—Pero nunca el verdadero, claro —ironizó Stacy.

—Exacto. Lo cierto es que no creí que avanzaría tan aprisa en sus investigaciones, lo confieso.

—El «doc» tuvo demasiado miedo.

—Por eso lo he liquidado, pero cuando la compañía aseguradora investigue no podrá relacionar el caso conmigo. Los papeles médicos están todos en orden, sólo tengo que llevar el cadáver de nuevo al cementerio, dentro de un par de días para que no esté tan entero y eso será fácil. Luego, daré el parte a la compañía.

—Y supongo que Monique lo identificará como Maurice Faben.

—¡Naturalmente! —exclamó la propia Monique—. No vamos a permitir que vuelen esos diez millones. Nos hacen mucha falta para comprar el mayor alijo de LSD que habrá conocido la Historia.

—Supongo que están pensando en convertirse en los almacenistas de LSD de la Europa Occidental, ¿no?

—Sí. Con diez millones se pueden hacer muchas cosas y la compañía aseguradora no tendrá otro remedio que pagar, máxime cuando sus médicos inspectores comprueben que la muerte ha sido realmente por septicemia y que no se ha violado ninguna de las cláusulas aceptadas de antemano.

—¿Y puedo preguntar quién ha sido la víctima?

—El nombre no le diría nada. Es un desconocido también para mí.

—Se le parece mucho.

—Un hallazgo del doctor Seoane. Un día me habló de mi úlcera y de un sujeto que la tenía igual y que se parecía a mí extraordinariamente.

—¿Fue ésa la idea que puso en marcha la esta de los diez millones?

—Sí. Cuando el imbécil de Seoane me lo contó, se me encendió una lucecita en el cerebro y comencé a planear mi negocio. Claro, hacían falta cómplices.

—¿Le costó mucho convencer al doctor Seoane?

—Muy poco, sólo medio millón que, naturalmente, no pensaba pagarle.

—¿Fue él quien le dio muerte?

—Sí. Una dosis, suficiente de un cultivo virulento inyectado en la sangre y ese tipo fue enterrado en mi puesto. El pobre no sufrió mucho, se murió deprisa, metido en una cama.

—Para evitar cortaduras, naturalmente.

—Claro, había que pensar en todo tratándose de un negocio de tanta importancia.

—Supongo que ahora alguna esposa desconsolada llora la desaparición de un buen hombre que tuvo la desgracia de padecer úlcera de estómago y parecerse a usted.

—Sí, pero ese asunto no me interesa. No soy un sentimental, sino un práctico.

—Bien, parece que ha atado todos los cabos en su maquiavélico plan.

—¿Acaso lo duda?

—Sí.

—¿Por qué?

—No contó con las jugarretas que yo podía prepararle.

—¿Jugarretas?

—Sí. La verdad es que empecé a sospechar de usted desde el principio y me fui convenciendo cuando no quiso beber un *brandy* probablemente porque temía por su úlcera. Luego, la identificación de la enfermera del doctor Seoane y también las averiguaciones en la compañía de seguros.

—No me diga que ha estado en la compañía de seguros...

—Así es.

—¡Eso ha sido peligroso! Podía descubrirlo todo o por lo menos despertar sospechas y las investigaciones serán más largas y a fondo.

—Más peligroso para usted, no para mí, pero es inútil. No es necesario que la compañía aseguradora se meta en esto. El negocio ha terminado.

—No se pase de listo, Stacy.

—Dígame. Faben, ¿dónde está enterrado oficialmente Maurice Faben?

—En el cementerio de Montrouge. ¿Por qué lo pregunta si lo sabe bien?

—Naturalmente estará registrado en el día exacto para que la compañía aseguradora constate todos los datos y no halle ninguna laguna, ¿verdad?

—Sí.

—Y usted debe regresar el cadáver antes de los quince días de su muerte. Es el tiempo que la compañía le da de plazo.

—Sí.

Monique, impaciente, espetó:

—¡Mátalo de una vez!

—Aguarda, Monique. Quiero saber adónde desea ir a parar.

—Bien, Faben, no podrá regresar. El cadáver de ese infeliz que está en la bolsa de plástico y presentarse después en la compañía aseguradora alegando que ha venido del extranjero y que al enterarse de la muerte de su socio se ha presentado inmediatamente para cobrar la prima.

—Y naturalmente, la compañía se maldecirá porque no he llegado unos días más tarde. Eso les costará diez millones de nuevos francos.

—Lo malo, Faben, es que no podrá devolver el cadáver a su tumba.

—¿Por qué no, quién va a impedirlo?

—Una carga de plástico que hay dentro de la fosa. En el momento que alguien mueva la lápida, actuará el detonador y volará todo por los aires. No quedará ni la tumba ni el que intente abrirla y eso no va a gustarle nada a la compañía aseguradora.

—¡Eso no es cierto! —chilló Monique.

Maurice Faben tenía los ojos enrojecidos, pero se puso pálido de súbito.

—¡Eso es un ardid para ganar tiempo! —masculló Jean ansioso de jalar el gatillo.

—Si es cierto eso, usted será quien vuele con la fosa porque va a abrirla aunque sea lo último que haga en esta vida.

—¿Lo ves? Te dije que era peligroso contratarlo solo para

asegurarse de que la compañía no encontraría nada —protestó la mujer.

—¡La policía! —gritó de pronto una voz tras ellos, una voz que Roger reconoció inmediatamente como la de Arthur.

Todos se volvieron hacia la puerta del interior del local.

Roger aprovechó para sacar el arma que quitara a Gilbert y encañonó al trío.

—Quietos, todo se ha perdido.

Jean trató de adelantársele y disparó, pero la bala se hundió en la caja dentro de la cual reposaba el cuerpo de un desconocido.

Roger disparó a su vez. Jean rebotó contra la jamba antes de desplomarse de rodillas.

Monique se agachó para coger el arma de Jean, pero recibió una bofetada por parte de Roger que la dejó sentada con la cara roja como sus ojos, a los pies de Faben.

—¡No me obligues a matarte!

—¡Espere, Stacy, no dispare, le daré la mitad! —farfulló Faben.

—Gracias, pero me conformaré con lo que me dé la compañía de seguros. Espero que sean generosos cuando vean que les he salvado diez millones de nuevos francos.

Arthur apareció en el umbral de la puerta. También mostraba sus ojos enrojecidos por los gases lacrimógenos.

—La policía no tardará en llegar.

—¿Cómo? —inquirió Faben con los ojos desorbitados.

—Yo la he llamado, pero aún tiene que llegar —aclaró el muchacho con una sonrisa cínica.

—Muy bien hecho Arthur, yo me encargo de todo. Tú ve a ver a tu hermana y dile que para dentro da un par de horas deseo verla. Tengo algo que preguntarle.

En aquellos instantes entraban los primeros gendarmes en la *boîte* psicodélica para adictos a las drogas.

EPÍLOGO

Al escuchar unos golpes sobre la puerta del despacho, el coronel Palmer alzó la cabeza del pliego de papeles que tenía delante.

—¡Pasen!

La hoja de madera se abrió y aparecieron Roger B. Stacy y Jeanine a su lado. El hombre iba vestido con el uniforme de sargento de los «Boinas Verdes».

—Sargento, ¿qué ocurre? Ya me he enterado de todo el lío que ha organizado en la Prensa y creo que debo felicitarle ya que todos le aplauden. Incluso me satisface esa prima de cien mil francos que le ha dado la compañía aseguradora como recompensa.

—Coronel, usted me dijo que si alguna vez me metía en un lío le pidiera ayuda.

—Bueno, pues sí. Cuando doy mi palabra la mantengo.

—En ese caso, usted será mi padrino de boda.

—¿Quééee?

—Sí, Jeanine Meneux, esta bella parisina y yo vamos a casarnos, claro que usted me ayudará para que me acompañe a mi nuevo lugar de destino.

—¡Eso es pedir demasiado!

—No se preocupe coronel, ya no habrá de sufrir por el otro testigo. Ya lo tengo.

Por la puerta, caminando parsimoniosamente, apareció un hombre francés.

—¡El inspector Glemare!

—Yo mismo, coronel, ese Stacy nos gana a todos juntos. He tenido que apelar a toda mi influencia para que un tal Arthur Meneux fuera admitido como alumno en la policía, judicial. Es demasiado joven y no me parece muy de fiar, pero veremos qué se hace con él. A ver si al final se convierte en el mejor de los policías.

—Jeanine, dale su premio a estos dos caballeros.

La muchacha, con la mejor de sus sonrisas, besó en la mejilla al coronel Palmer y al inspector Glemare.

Luego, los dos cincuentones tuvieron que aguardar pacientemente a que terminara la caricia que ambos jóvenes habían iniciado, y los dos demostraron poseer buenos pulmones.

El porvenir era brillante, despejado. Tres semanas de vacaciones en París, cien mil francos en el bolsillo y recién casados... ¿Qué más podían pedir? Quizá un bebé para el año siguiente.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

